10884

G. JOVER y E. ARROYO

La tragedia de Baskerville

Drama policiaco en cinco actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

19

LA TRAGEDIA DE BASKERVILLE

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

LA TRAGEDIA DE BASKERVILLE

Drama policiaco en cinco actos, el último dividido
en dos cuadros, arreglo de la novela
EL PERRO DE BASKERVILLE
por Conan - Doyle

GONZALO JOVER y ENRIQUE ARROYO

Estrenado en el teatro Trueba, de Bilbao, el 7 de Abril de 1915 y
representado posteriormente en los teatros Principal, de
San Sebastián; Parisiana, de Santander; Diundurra,
de Gijón; Campoamor, de Oviedo, etc., etc.



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Beryl	Srta. *Ziu.*
Señora Barrymore	Sra. *Camarero.*
Clara Lyons	Srta. *Larrea (M.)*
Sherlock Holmes	Sr. *Comes.*
Watson	» *Socías.*
Enrique de Baskerville	» *Del Cerro.*
Stapleton	» *Farnós.*
El doctor Mortimer	» *H. del Río.*
Barrymore	» *Sender.*
Franckland	» *Camarero.*
Seldon	» *Ratia.*
Un cochero	» *Martí.*
Un ordenanza de telégrafos	» *Ratia.*
Un criado	» *Santander.*

La acción, en Inglaterra. Época actual. Lados, los del actor.



ACTO PRIMERO

Despacho en casa de Sherlock Holmes, en Londres. Mesa, estanterías, con libros, butacas, sillas, etc. Al foro izquierda, una ventana, y a la derecha, una chimenea. Sobre la mesa del despacho, una cafetera de plata bruñida y un frasquito. Enfrente y apoyado en la pared, un bastón.

Holmes, sentado, saca de uno de los cajones de la mesa una jeringuilla, a la que ajusta una aguja de las que se usan para inyecciones. Después de dejarse al descubierto el brazo derecho, se aplica una. El doctor Watson entra por la derecha.

ESCENA PRIMERA

HOLMES y WATSON.

WATSON — Buenos días, querido Holmes.

HOLMES — Llega usted a tiempo, amigo Watson, si quiere que le aplique una inyección.

WATSON — ¡No, gracias!... ¿Y hoy de qué es? ¿De morfina o de cocaína?

HOLMES — Cocaína al siete por ciento.

WATSON — ¡Ay, amigo Holmes, mal se quiere usted! Por proporcionarse una excitación momentánea del cerebro llegará usted a la completa atrofia de todas sus envidiables facultades. No hablo como amigo, sino como médico, y como tal soy responsable de la vida de usted. (Watson se habrá sentado cerca de donde se halla el bastón, que coge y examina, precisamente de espaldas a Holmes.)

663271

HOLMES (Sin volverse.) Los efectos secundarios para mí carecen de importancia. Y hablemos de otra cosa. ¿Qué opina usted de ese bastón, que examina con tanta curiosidad?

WATSON ¿Pero cómo sabe usted lo que hago? ¿Tiene usted ojos en el cogote?

HOLMES Lo que tengo es una cafetera de plata bruñida delante de mí.

WATSON Magnífico espejo.

HOLMES (Volviéndose.) Vamos a ver... ¿Qué ideas le sugiere a usted ese bastón?

WATSON Veamos. (Coge el bastón y lo examina.) Grabado en el puño: «A Jaime Mortimer. Recuerdo de sus amigos del C. C. H., 1894.» Que su dueño se llama Jaime Mortimer, no tiene duda.

HOLMES Como que el bastón le sirve de tarjeta.

WATSON Creo que Mortimer es médico. El bastón es clásico en esa facultad. Mortimer debe ser un hombre de edad y apreciado de sus amigos, puesto que le hacen esta clase de regalos.

HOLMES Continúe.

WATSON Es médico de provincia y hace sus visitas a pie..., porque el bastón está muy estropeado y no lo llevaría ningún médico de Londres. Estas iniciales C. C. H. me figuro que son de alguna sociedad benéfica que le hizo el regalo.

HOLMES Todas esas deducciones serían acertadísimas si algunas no fuesen completamente desacertadas.

WATSON ¿Cree usted?

HOLMES No se ofenda. Soy el maestro. Indudablemente Mortimer es un médico de provincia.

WATSON Luego es acertado.

HOLMES Hasta ahí. Las iniciales C. C. H. están clarísimas, amigo mío. Dicen: «Charing Croos Hospital». No puede haber pertenecido al cuerpo oficial de sanidad de ese hospital, porque para eso hace falta una

buena clientela en Londres, y teniéndola en la capital, no la hubiera abandonado para irse a provincias. ¿En qué situación pudo estar, pues? Salió hace cinco años, según la fecha del puño. De modo que ha de ser joven y no viejo, como usted opina, amigo Watson. El doctor Mortimer es un joven de menos de treinta años de edad, de carácter amable, poco ambicioso y distraído. Posee un perro, un sabueso de pelo rizado...

WATSON (Con asombro.) ¿Cómo puede usted precisarlo?

HOLMES Porque le estoy viendo a la puerta de la calle. En este momento su dueño sube la escalera. (Timbre.) Adelante, doctor.

ESCENA II

Dichos y MORTIMER. Es joven. Usará gafas.

MORTIMER (Viendo su bastón.) ¡Ah, mi bastón! ¡Cuánto me alegro! Creí haberlo perdido. Es un regalo que mis compañeros, los alumnos del hospital de Charing Croos, me hicieron cuando me casé.

HOLMES ¿De modo que fué con motivo de su boda?

MORTIMER Sí. Al terminar mi carrera me casé y tuve que abandonar el hospital. Perdí la esperanza de alcanzar una buena clientela en Londres, y como necesitaba crearme un hogar, me fuí a provincias.

HOLMES Presentado doctor... Mi colega Watson. Y ahora, ¿quiere usted decirme el objeto de su visita?

MORTIMER He venido a consultarle un asunto de suma gravedad. ¿Conoce usted la leyenda de los Baskerville?

HOLMES No, por cierto.

MORTIMER Pues présteme atención, y usted también,

señor Watson. Es una cosa interesantísima... Hace próximamente un siglo, Hugo de Baskerville habitaba su castillo, en el condado de Devonshire. Era un calavera sin freno. Un libertino sin conciencia. Encaprichóse por la hija de un hacendado vecino. Ella le rechazó, honrada, pero él, aprovechando una ausencia del padre y los hermanos, asaltó la casa y raptó a la doncella.

WATSON Es una novela romántica.

MORTIMER Le ayudaron en la empresa seis compañeron tan malvados como él... Una vez de regreso a Baskerville, celebraron su hazaña entregándose a una orgía vergonzosa. Tanto, que aterrada la jovenzuela, se arrojó por una ventana, huyendo campo a traviesa.

HOLMES ¡ Hurra la heroína !

MORTIMER Atravesó parte del horrible páramo próximo al castillo. Hugo, ciego de corage, dispuso que se la cazase como a una fiera. Se soltó la traílla. Los siete miserables montaron a caballo y azuzando a los perros se lanzaron en persecución de la fugitiva.

WATSON ¡ Un gran final de prólogo de melodrama !

MORTIMER No se burle usted, señor Watson, y aguarde hasta el final. La luna brillaba en el azul purísimo del cielo, iluminando la tristeza y la soledad del páramo. Los cazadores siguieron el rastro de la niña. Hugo se adelantó a todos, jinete en una yegua negra..., que apareció de repente sueltas las bridas y sin caballero al lomo. Un ¡ ay ! lastimero rasgó el silencio del espacio... Corrieron todos en la dirección que el eco señalaba al grito y vieron con horror a Hugo entre las patas de un enorme dogo negro que arrojaba llamas por los ojos, y a grandes dentalladas desgarraba la carne del pecho de su presa. Hu-

yeron todos a su vista..., y al volver al castillo encontraron la traílla de regreso. Todos los perros traían en la boca algún despojo de la infeliz víctima.

WATSON ¡Muy bien narrado!

MORTIMER La Biblia dice que los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta generación, y la leyenda afirma que el famoso dogo maldito vela en el páramo la ocasión de la venganza, y que a sus dientes y garras perecerán todos los descendientes de Baskerville.

HOLMES ¿Y qué parte quiere usted que desempeñe yo en ese cuento fantástico?

MORTIMER No he terminado. Muerto Hugo quedó el castillo abandonado por sus dueños, hasta que sir Carlos, su sobrino, habiendo adquirido en el Africa del Sur una gran fortuna, regresó hace dos años, restaurando espléndidamente su posesión. Sir Carlos murió hace dos meses de una manera singular.

WATSON ¿Singular?

HOLMES Permítame. Recuerdo el hecho... No tuvo que intervenir la justicia... La muerte de sir Carlos fué debida a causas naturales. Un padecimiento del corazón...

MORTIMER Pero el ataque lo sufrió una noche..., en el páramo, la víspera del día en que, por consejo mío, debía regresar a Londres.

HOLMES Vamos llegando al fin.

MORTIMER Sir Carlos había cobrado un miedo horrible a la leyenda. Era supersticioso. Todas las noches oía los ladridos del famoso dogo en el páramo. ¿Cómo salió la noche de su muerte a un lugar que le espantaba? Su cadáver se encontró a cincuenta pasos de la verja del castillo. Cerca de él había huellas de un perro... Fué el terror lo que le causó la muerte.

WATSON ¡Ah, diablo!

HOLMES Siga, siga usted.

MORTIMER Sir Carlos era el mayor de los tres hermanos ; el segundo murió joven y fué padre de Enriqué, hoy heredero de los Baskerville. El menor..., Roger, fué el calavera de la familia. Murió en África. Enrique es el último vastago de esa raza, y llegó anoche de América, con el propósito de hacerse cargo de la herencia de su tío. Y he aquí mi consulta. ¿Debe o no ir a la casa solariega?

HOLMES Debe ir.

MORTIMER Es mi opinión. ¿Pero y la leyenda?... Sólo le he hecho prometer que antes veríamos a usted y le pediríamos protección.

HOLMES Que otorgo. Es mi deber. Vaya usted a por sir Enrique y llévese ese perro, que está arañando la puerta desde que usted entró.

MORTIMER No se escapa nada a su observación.. Volveremos en seguida. Cuestión de unos minutos. Servidor de ustedes.

ESCENA III

HOLMES y WATSON.

HOLMES ¿Y bien? ¿Qué le parece a usted, amigo Watson?

WATSON No conozco ese distrito.

HOLMES (Extendiendo sobre la mesa un mapa, que examina con una lupa.) Vea usted. Este castillo está situado en el centro. A la derecha, el páramo solitario. Dentro de un radio de cinco millas no existen sino escasísimas viviendas, en Lafter Hall. El naturalista Stapleton debe vivir en alguna casucha aislada. A catorce millas se halla el presidio de Princetown.

WATSON Debe ser un sitio poco agradable.

HOLMES Y muy peligroso.

WATSON ¿Cree usted en el perro diabólico?

HOLMES Creo que el diablo bien puede tener agentes de carne y hueso..., aun en forma de perro. Se nos presentan dos problemas. ¿Se ha cometido un crimen? ¿Por quién y por qué? Lo averiguaremos.

WATSON Si sir Carlos murió del corazón...

HOLMES Se puede matar a un hombre aterrorizándolo, hasta que su corazón salte en pedazos. Indudablemente sir Carlos corrió hasta que se agotaron sus fuerzas y se rompió su aneurisma. Esto es todo.

WATSON ¿Y de qué huía?

HOLMES Indudablemente estaba loco de miedo antes de empezar a correr. Vió algo en el páramo que le causó esa locura. ¡El maldito perro! ¿Pero por qué aquel hombre supersticioso y cobarde salió al páramo de noche? Y precisamente la víspera de abandonar aquellos lugares. Alguien le obligó a ir. Comienzo a ver claro.

WATSON Tiene usted más suerte que yo, lo confieso.

HOLMES Un momento. (Rápido, se acerca a la ventana, siguiéndole Watson.) Nuestros dos visitantes se apean de un carruaje.

WATSON ¿Va usted a observar?

HOLMES Sí, quizás alguien los siga.

WATSON No se ve a nadie... en toda la calle... ¡Un coche!

HOLMES ¡Ah!

WATSON Asoma un hombre... Un hombre de barba negra y poblada... Ahora mira hacia esta ventana... El coche sale a escape.

HOLMES Nos ha visto... y sale huyendo. ¡Ese hombre es el asesino de sir Carlos de Baskerville! ¿Se ha fijado usted en el número?

WATSON La verdad..., no.

HOLMES Eso es elemental, amigo Watson. Es el 2174.

ESCENA IV

Dichos, CRIADO; luego, MORTIMER y ENRIQUE DE BASKERVILLE.

CRIADO (Con bandeja y tarjetas.) Estos señores...

HOLMES Que pasen. (Entran Mortimer y Enrique. Este llevará traje de viaje a cuadros, muy vistoso, que el público tenga que fijarse en él. Casco blanco.)

MORTIMER Con permiso. Me aguardaba cerca... Señores..., el señor Enrique de Baskerville.

ENRIQUE Que tiene el honor de saludar al famoso detective Holmes.

MORTIMER A quien tiene algo nuevo que advertir.

HOLMES ¿Cómo? Apenas ha llegado usted a Londres y ya está usted mezclado en aventuras?

MORTIMER Quizás se trate de una broma. Vea usted este anónimo, que llegó a mis manos esta mañana. (Entregándoselo a Holmes.)

HOLMES ¿Quién sabía que había de hospedarse usted en el hotel a donde está dirigido el sobre?

ENRIQUE Nadie. Yo mismo no lo sabía, hasta después de encontrarme con el doctor Mortimer.

WATSON ¿Pero el doctor se hospedaría allí?

MORTIMER No, estaba en casa de un amigo.

HOLMES ¡Diablo! Hay quien se interesa mucho por usted, sir Enrique. (Leyendo.) «Si aprecia la vida o la razón se alejará del páramo.» Sólo la palabra «páramo», está escrita a mano; las demás están recortadas del artículo de fondo de *The Times*. ¿Está por ahí el de ayer?

WATSON Aquí está.

HOLMES Veamos. (Hojea.) Es un artículo sobre la libertad de comercio... ¡Ah! Oigan ustedes este párrafo: «Si se aprecia esta razón se alejará del peligro de una vida mísera.» ¿Eh? ¿Qué tal?

MORTIMER No entiendo una palabra.

HOLMES ¿Pero no ven ustedes la construcción del párrafo? Las palabras recortadas... «si... aprecia... razón... se alejará... del... vida...»; sólo falta la palabra «páramo», y como no la han encontrado en el artículo, la han escrito a mano, desfigurando la letra.

ENRIQUE ¡Verdad! ¡Oh, maravillosa intuición!

HOLMES Práctica. Esta letra sólo la usa el *The Times* en los fondos.

MORTIMER ¿De modo que usted opina que alguien cortó de ese diario con unas tijeras...

HOLMES Con las uñas. ¡Fíjese usted en los bordes: qué mal pegados! Esto es obra de una mujer. Sir Enrique, existe una mujer que le proteje, que sabe cuándo ha llegado usted y dónde se hospeda. Está pegado con desigualdad..., con prisa..., con agitación... ¿A quién temía la generosa anónima? ¡Ah! Una observación. Esa señora está en un hotel.

MORTIMER ¿Cómo adivina usted eso?

HOLMES En su casa tendría tijeras, en el hotel no se encuentran siempre a mano... Además, si examina usted detenidamente la letra verá que quien la escribió tenía mala pluma y peor tinta. La pluma ha tropezado dos veces. En una casa donde se lee *The Times* no hay tan pésimo servicio de escritorio. En los hoteles es siempre detestable.

ENRIQUE ¿Pero, quién es ella?

WATSON Cuando se sepa eso se sabrá todo.

HOLMES Una advertencia, sir Enrique. En Londres les persiguen y vigilan. ¿No lo ha notado usted, doctor?

MORTIMER No por cierto. ¿Quién pudo seguirnos?

HOLMES No lo sé. ¿Entre los vecinos y conocidos de Dartmoor, hay alguno que tenga barba negra muy poblada?

MORTIMER Sí, Barrymore..., el criado de sir Carlos, tiene la barba poblada y negra.

HOLMES ¡Ah! ¿Y dónde está Barrymore?

MORTIMER En el castillo, es el administrador...

HOLMES Necesitamos saber si positivamente está allí o ha venido a Londres.

MORTIMER ¿Y cómo saberlo?

HOLMES Por medio de un telegrama. Verá usted. (Escribiendo.) «¿Está todo dispuesto para sir Enrique?» Esto es suficiente. Lo dirigimos a Barrymore, castillo de Baskerville. ¿Cuál es la estación más cercana?

MORTIMER Gripen.

HOLMES Bueno. Otro despacho al jefe de telégrafos. «Entréguese en propia mano el telegrama a Barrymore. Si se halla ausente devuélvase a su procedencia.» De esta manera sabremos bien pronto si el administrador está o no en el castillo.

ENRIQUE Perfectamente.

HOLMES (Entregando los despachos a Watson.) Es una comisión delicada que le encargo a usted, querido Watson. En seguida se dirige usted a la agencia Wilson, y que el recadero, llamado Cartwright, visite los hoteles de los alrededores del que ocupa sir Enrique, y a pretexto de que necesita ver el papel desperdiciado de ayer, porque se ha extraviado un telegrama, que registre los cestos, a ver si encuentra la hoja interior del *Times* que tiene unos pequeños recortes en el artículo de fondo.

WATSON Comprendido.

HOLMES Si damos con ella, daremos con él. Son dos fuerzas contrarias, pero unidas. El asunto va tomando forma y ya llega a ser coherente.

WATSON ¡Entonces, hurra! Cumpliré los encargos sin perder minuto. (Mutis foro.)

ESCENA V

HOLMES, MORTIMER y SIR ENRIQUE.

HOLMES Ahora voy a telefonear a la prefectura. Necesito saber algo muy importante. (Llamando al teléfono, que está encima de la mesa del despacho.) «Con la prefectura.» (Timbre.) ¿Es la prefectura? Bien. Soy Holmes. Dígame: el coche número 2174 ¿a qué cocheras pertenece? (Pausa.) Bien. Muchas gracias. (Nueva llamada al teléfono.) Vamos a hacer venir al cochero que ha conducido a su incognito enemigo, sir Enrique. (Timbre.) ¿Son las cocheras de Shepley Yard? Desearía saber el nombre del cochero que conduce el número 2174. Bien, Dígale, en cuanto regrese a las cocheras, venga en seguida al 11 de Baker Street. Gracias. (Cuelga el auricular. A sir Enrique.) ¿Y durante su estancia en el hotel, no le ha ocurrido algo anormal, que llamara su atención?

ENRIQUE Según la importancia que se dé a las cosas...

HOLMES Todo, por insignificante que parezca, es importantísimo.

ENRIQUE Pues bien. Anoche compré un par de zapatos, que me puse en el hotel, dejando los usados sobre una mesita de la alcoba. Esta mañana fuí a ponérmelos y advertí que uno de ellos había desaparecido.

MORTIMER Eso no vale la pena. Ya parecerá.

HOLMES No, doctor. No parecerá. ¿Y dice usted que el zapato robado era viejo?

ENRIQUE Viejo, no, pero lo había usado bastante. Mire usted, será una tontería, pero me ha molestado mucho.

HOLMES Crea usted que vale la pena de pensar en ello. El asunto de usted, sir Enrique, es de lo más complicado. Relaciono la pér-

dida de su zapato con la muerte de su tío, y creo que de los muchos casos en que he intervenido durante mi profesión de detective, tal vez no se encuentre uno de solución tan difícil. No obstante, tenemos más de un hilo en la mano, y ellos nos llevarán al esclarecimiento de la verdad.

ESCENA VI

Dichos y WATSON.

WATSON (Entrando.) Cumplidos todos los encargos.

HOLMES Bien, Watson. (A Enrique.) Permita usted, sir Enrique, que insista sobre un punto de verdadera importancia. ¿Qué opinión le merece el tal Barrymore?

ENRIQUE Tanto él como su mujer, según el doctor, son personas muy honradas.

HOLMES ¿Heredó algo ese Barrymore a la muerte de sir Carlos?

ENRIQUE El y su mujer 500 libras cada uno.

HOLMES ¿Sabían los Barrymore si sir Carlos pensaba dejarles ese dinero?

MORTIMER Sí, lo había dicho muchas veces... Pero supongo, Holmes, que no mirará usted con prevención a todo el que haya recibido dinero de sir Carlos... A mí mismo me dejó mil libras.

HOLMES ¿De veras? ¿Y a quién más favoreció?

MORTIMER Legó pequeñas sumas a diversas personas..., gran número de limosnas. El resto de sus bienes pasó entero a sir Enrique.

HOLMES ¿Y asciende el capital?

ENRIQUE A setecientas cuarenta mil libras esterlinas.

HOLMES (Con asombro.) ¡Magnífico patrimonio! Bien puede uno arriesgarse para ganar esa partida. Una última pregunta. ¿Si sir Enrique falleciese antes de contraer matrimonio y tener hijos, quién lo heredaría?

MORTIMER Como Roger Baskerville no tuvo hijos legítimos..., ni se sabe de ningún hijo natural reconocido..., la fortuna pasaría íntegra a los Desmond, primos lejanos de los Baskerville. Juan Desmond es un sacerdote anciano.

HOLMES ¿Lo ha visto usted alguna vez?

MORTIMER Sí, por cierto. Fué a visitar a sir Carlos... renunciando una pensión que éste le brindaba. Es persona de aspecto venerable y hace vida de santo.

WATSON ¿Y ese sacerdote heredaría a sir Enrique?

MORTIMER Si éste no disponía otra cosa.

HOLMES ¿Ha hecho usted testamento?

ENRIQUE No..., ni he pensado en ello.

HOLMES Pues vaya usted a Baskerville, pero no solo.

ENRIQUE El doctor Mortimer viene conmigo.

HOLMES No es eso. El doctor ha de atender a su clientela..., a su casa. Usted necesita de una persona que no le abandone ni un solo instante.

ENRIQUE ¿Por qué no usted mismo?

HOLMES Imposible. Tengo demasiado que hacer en Londres, pero puedo recomendar a mi discípulo más aprovechado. El doctor Watson me substituirá perfectamente. Es un enamorado de la escuela de Holmes.

ENRIQUE Venga usted, Watson. Se lo agradeceré sinceramente.

WATSON Tendré una gran satisfacción en encargarme del asunto. Naturalmente, bajo la dirección de mi maestro.

HOLMES Sí. Escríbame usted todos los días, sin perdonar ningún detalle de cuanto observe. Si yo lo estimara necesario iría a ayudarle, pero sólo en un caso extremo. Londres me necesita.

ENRIQUE Pues bien, señor Watson. Saldremos esta noche a las 10'50.

ESCENA VII

Dichos y EL CRIADO. Luego UN COCHERO.

CRIADO Señor... Hay un cochero...

HOLMES ¡Ah, sí! El número 2174. Que entre.

COCHERO (Entrando.) Muy buenas. Acabo de recibir aviso de la oficina central, comunicándome que un caballero de esta casa preguntaba por el número 2174. Hace siete años que soy cochero y nadie me ha dado hasta hoy la mejor queja. Así, vengo a saber qué es lo que de mí desea.

HOLMES Yo no tengo queja alguna de usted, buen hombre; al contrario, tengo a su disposición media guinea si contesta a lo que he de preguntarle.

COCHERO ¡Vamos! ¡No ha amanecido mal el día! Usted dirá.

HOLMES Bien. Dígame usted lo que sepa acerca de un individuo a quien trajo esta mañana hasta esta casa, siguiendo a estos caballeros. (Por Mortimer y Enrique.)

COCHERO Poco puedo decirle. Me parece que sabe usted tanto como yo mismo. Me dijo que era detective y que no dijera nada de él.

HOLMES ¿Que era detective?

COCHERO Sí, señor.

HOLMES ¿Cuándo dijo a usted eso?

COCHERO Cuando se apeó del coche.

HOLMES ¿Y no le dijo a usted su nombre?

COCHERO Sí, por cierto.

WATSON ¿Cómo se llama?

COCHERO Sherlock Holmes.

TODOS ¡¿Eh!?

HOLMES (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Un golpe bien dado, Watson! (Al cochero.) Sherlock Holmes soy yo.

COCHERO Ya me lo había figurado, pero digo la verdad. Yo le creí. Me llamó en Trafalgar Square a las nueve y media de la mañana.

Me dijo que necesitaría de mí todo el día y me ofreció dos guineas. ¿A qué está uno? Primero fuímos al hotel North, donde esperamos hasta que salieron estos caballeros, los cuales alquilaron un coche. Cumpliendo sus órdenes, les seguimos, hasta que se detuvieron frente a esta casa. No había hecho más que parar cuando el detective, abriendo la ventana delantera, me gritó que saliese a escape para la estación de Waterloo. Yo fustigué el caballo. En diez minutos llegamos. Se apeó. Me pagó las dos guineas y me dijo: «Tal vez le interese a usted saber que ha estado a las órdenes del bien conocido detective Sherlock Holmes.»

HOLMES ¿Y no ha vuelto usted a verle?

COCHERO No, señor. Entró en la estación y yo volví a la cochera.

HOLMES ¿Recuerda usted sus señas?

COCHERO No muy bien... Representaba unos cuarenta años..., color regular..., estatura regular... De carnes estaba regular... Barba negra y poblada. Eso es todo.

HOLMES Tenga usted media guinea, y si puede traerme alguna vez más informes, le daré la otra media.

COCHERO Muchas gracias, señor. Muchas gracias. Usted es el verdadero Sherlock Holmes.

HOLMES ¿En qué lo conoce usted?

COCHERO En que paga menos que el otro porque lo crean. (Mutis.)

HOLMES ¡Un hilo roto!

ESCENA VIII

Dichos y CRIADO

CRIADO Señor. Dos telegramas.

HOLMES A ver. Este es para mí... Este, para usted. (Dándoselo a Enrique.)

WATSON Vamos..., nuevos datos.

HOLMES (Leyendo el suyo.) «Visitados todos los hoteles barrios Charing Croos. Imposible encontrar hoja cortada *Times.* — Cartwright.»

ENRIQUE Y el mío. Vea usted. «Entregado su telegrama a Barrymore en el castillo.—Jefe, Grimpe.»

HOLMES ¡ Dos hilos menos ! Nada hay que anime tanto como un caso en que todo sale al revés. Hay que buscar una nueva pista, Watson. ¡ Si yo pudiera ir !

MORTIMER Haga usted un esfuerzo.

ENRIQUE Un verdadero sacrificio.

HOLMES No puedo..., no puedo...

ENRIQUE (Levantándose para marcharse.) Al menos nos acompañarán ustedes a almorzar al hotel Charing Croos.

WATSON Bien pensado. Almorzaremos juntos.

HOLMES Perfectamente. Dentro de media hora me tienen ustedes allí.

WATSON ¡ A ver si eso me inspira a mí también !

HOLMES Cuidado, Watson. Este es un asunto gravísimo.

ENRIQUE ¿Pretende usted asustarnos?

HOLMES Pretendo prevenirles.

MORTIMER ¿Realmente cree usted que hay peligro? (Todos ya habrán llegado hasta la puerta del foro.)

HOLMES Esta vez tropezamos con un enemigo tan astuto como nosotros. A mí acaba de vencerme. Pero yo aseguro a ustedes que la revancha será digna de Sherlock Holmes ! (Acompañando a todos hasta la puerta y despidiéndose.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El castillo de Baskerville. Sala antigua de aspecto severo. Ventanas altas y estrechas con cristales de color. En el foro, gran puerta vidriera a la terraza. Detrás, el jardín. A cada lado del foro, un retrato antiguo de caballero, uno con barba. Laterales. Muebles de lujo. Chimenéa encendida. Al levantarse el telón la vidriera del foro está abierta. De noche. El aparato eléctrico encendido.

ESCENA PRIMERA

BARRYMORE, SEÑORA BARRYMORE, ENRIQUE, MORTIMER y WATSON.

BARRYMO. Por aquí, señores, por aquí.

S. BARRY. Pase, sir Enrique.

ENRIQUE (Contemplando la estancia.) ¡Nunca había visto el castillo de mis mayores! ¡Qué impresión tan profunda me causa el pensar que en esta casa han vivido mis antepasados, desde hace más de dos siglos!

MORTIMER Es un hermoso castillo. No me atrevo a decir que alegre... por la leyenda. En realidad, sólo el páramo, lleno de pantanos cenagosos, donde un paso en falso cuesta una vida, es lo temible, y ahora, por fortuna, está bien vigilado.

S. BARRY. ¿Vigilado?

WATSON Sí. Al dar vuelta a un recodo del camino, hemos encontrado a un soldado de caballería, que con el rifle en el antebrazo vi-

gilaba el sitio por donde pasábamos. Le preguntamos la causa de su estancia allí y me contestó que obedecía a que un presidiario de Princetown se había fugado hace tres días, y un escuadrón vigilaba los caminos y estaciones en su busca.

BARRYMO. ¿Sabe usted quién es?

WATSON El autor del asesinato de Notting-Hill. Un crimen horrendo, en el que intervino mi amigo Holmes; el asesino fué cruelmente bárbaro.

MORTIMER Bueno, mi querido Enrique. Queda usted en su casa y yo me voy a la mía. Es muy tarde.

ENRIQUE ¿No se queda usted a comer?

MORTIMER Gracias. Mi mujer me espera. Para cuanto usted necesite queda Barrymore a sus órdenes. Salud y hasta la vista. (Mutis.)

ESCENA II

Dichos menos Mortimer

BARRYMO. ¿Desea el señor comer en seguida?

ENRIQUE ¿Está todo preparado?

BARRYMO Lo estará al momento. Tanto mi mujer como yo, tendremos mucho gusto en servirle, mientras permanezcamos en el castillo.

ENRIQUE ¿Desean ustedes, acaso, marcharse?

S.ª BARRY. Si el señor lo permite...

ENRIQUE Pero su familia ha servido a la mía durante mucho tiempo. Yo sentiría empezar la vida aquí rompiendo lazos consagrados.

BARRYMO. También lo sentimos nosotros, señor, pero queríamos mucho a sir Carlos y su muerte nos impresionó tanto... Ahora hallamos muy tristes casa y alrededores.

ENRIQUE ¿Y qué piensan ustedes hacer?

BARRYMO. Gracias a la noble generosidad de sir Car-

los podemos establecer un modesto comercio y habíamos pensado irnos a la capital de la provincia. Pero no queremos molestar más al señor. Esta habitación es su dormitorio. Y aquí a la derecha se ha dispuesto el de su amigo, el señor Watson.

ENRIQUE Perfectamente. Vayan ustedes preparando en el comedor lo necesario. (Mutis Barrymore y su mujer.)

ESCENA III

WATSON y ENRIQUE.

WATSON La casa es triste.

ENRIQUE Es que nosotros venimos preocupados.

WATSON Yo, mucho, en efecto. Antes de entrar he oído sollozos de mujer. En la casa no hay más mujeres que la señora de Barrymore que cuando hemos entrado nos ha recibido sonriente... ¿Qué significa el sollozo de antes y la sonrisa de después? Barrymore usa la barba, no diré igual, pero lo menos parecida a la del hombre que seguía a usted en Londres. Al que Holmes cree autor del robo de su zapato viejo. ¡Si ese hombre hubiese estado en Londres!

ENRIQUE ¿Cómo habría recibido aquí el telegrama que usted puso?

WATSON No sabemos si, en efecto, lo recibió. A veces los jefes de estación se equivocan engañados por los ordenanzas. Es raro que Holmes no nos haya indicado medio de saberlo a punto fijo.

ESCENA IV

Dichos y UN ORDENANZA DE TELEGRAFOS.

ORDENAN. Dispensen ustedes. ¿El señor Watson?

WATSON Yo soy.

ORDENAN. Este telegrama para usted.

WATSON Dígame. ¿Usted trajo ayer un telegrama para el señor Barrymore?

ORDENAN. Sí, señor. Yo mismo... No hay otro ordenanza.

WATSON ¿Se lo dió usted a él personalmente?

ORDENAN. No, señor.

ENRIQUE ¿Eh?

ORDENAN. A su mujer, que me ofreció entregárselo en seguida.

WATSON ¿No vió usted a Barrymore?

ORDENAN. No, señor. Su mujer me dijo que estaba en la huerta.

WATSON Basta. Puede usted retirarse.

ORDENAN. Con su permiso. Conste que en nuestra estación no queda telegrama alguno sin entregar a los interesados. Yo sé cumplir con mi deber. (Mutis.)

ESCENA V

WATSON y ENRIQUE.

ENRIQUE ¡Mucho!

WATSON Él lo cree así... Pero la verdad, nos queda la duda de si Barrymore estuvo ayer en Londres y ha llegado un tren antes que nosotros. ¡Es preciso vigilar a ese hombre!

ENRIQUE Los sollozos de su mujer..., sus deseos de marcharse del castillo... No lo perderé de vista. Le aguardo a usted en el comedor.

WATSON Soy con usted al momento. (Mutis Enrique.)

ESCENA VI

WATSON. Luego, STAPLETON.

WATSON (Leyendo el telegrama.) Es de Holmes. «Vigílelo usted todo. Desconfíe de todos. Telegrafíe a diario extensamente. He pen-

sado en el asunto de sir Enrique. El criminal está a su lado.» (Entra Stapleton. Es rubio, completamente afeitado, un poco calvo, algo excéntrico en el vestir. Lleva una red de cazar mariposas y una bolsa de viaje pendiente del cuello.)

STAPLET. Bien venido, señor Watson.

WATSON (Volviéndose.) ¿Eh?

STAPLET. Perdone usted mi atrevimiento, pero aquí en el páramo no esperamos a la formalidad de las presentaciones. Es fácil que haya usted oído hablar de mí a nuestro común amigo Mortimer. Soy Stapleton..., naturalista..., cazador de mariposas...

WATSON Su red me lo había indicado. Pero, ¿cómo sabía quién era yo?

STAPLET. Acabo de encontrarme con Mortimer, quien me ha indicado que había usted venido con el señor Baskerville. No conozco a sir Enrique..., pero como usted no tiene el aire de la familia...

WATSON En efecto, sir Enrique está en el comedor.

STAPLET. ¿Y ha llegado sin novedad?

WATSON Perfectamente.

STAPLET. Temíamos todos que se hubiese negado a venir para habitar el castillo, después de la trágica muerte de sir Carlos... Pero supongo que sir Enrique, joven y fuerte, no será supersticioso...

WATSON En absoluto.

STAPLET. ¿Usted conoce la leyenda?

WATSON La he oído referir.

STAPLET. Es admirable como cunden entre el pueblo las fábulas más necias. Hay quien asegura haber visto el perro fantástico en el páramo. ¡Lo que puede la preocupación y la ignorancia!

WATSON ¿Usted no cree?...

STAPLET. No soy un sabio precisamente, pero un necio tampoco. La leyenda, no obstante, mis advertencias, causó mucha impresión a sir Carlos. Se me figura que ella fué la

causa de su triste fin. ¡ Pobre amigo mío ! Tenía los nervios tan excitados, que la vista de un perro cualquiera alteraba su semblante y agitaba su corazón. Hacía mucho que yo temía un desastre, y le aconsejé lealmente que abandonase el castillo. ¡ No puede usted imaginarse cuánto le queríamos ! (Pequeña pausa.) ¿Qué opina usted del asunto de Sherlock Holmes?

WATSON ¿Usted sabe?...

STAPLET. ¡ Hombre ! Lo que todo el mundo. Sería inútil fingir que no sabíamos quien es usted, señor Watson. El primer discípulo del gran detective, cuya fama ha llegado a este viejo rincón de Inglaterra. Cuando usted ha venido, es indudable que su maestro ha tomado cartas en el asunto... ¿Creen ustedes en un crimen?

WATSON No puedo contestar a su pregunta.

STAPLET. Lo creen ustedes. ¡ Y, a decir verdad, algo he sospechado yo !... ¡ Pero si es tan absurdo !... ¿Vendrá el gran Holmes a visitarnos?

WATSON Le es imposible abandonar ahora Londres.

STAPLET. ¡ Caramba, cuánto lo siento ! Él hubiera puesto en claro lo que para nosotros es un enigma. En cuanto a sus indagaciones, señor Watson, si en algo puedo servirle, espero que me mande con entera franqueza. Quizá, como práctico en el país, pudiera ayudar a usted con algún indicio o consejo.

WATSON No he venido, sino a visitar a mi amigo sir Enrique. Aquí no actúo de policía.

STAPLET. ¿Desconfía usted? Hace bien en ser prudente y discreto. Prometo no volver a hablar del asunto. Esto no impedirá que seamos buenos amigos. Tengo el gusto de ofrecerle mi casa. Vaya usted alguna vez y le presentaré a mi hermana.

WATSON ¿Conoce usted a fondo el páramo?

STAPLET. No tiene secretos para mí. Mis gustos estrambóticos me han llevado a escudriñarlo todo. ¡Pocos tan prácticos como yo!

WATSON ¿Tan difícil es de conocer?

STAPLET. Mucho. Oculta el páramo el famoso charco de Grimpen. Un paso mal dado allí es la muerte, lo mismo para el hombre que para los animales. Aun en las estaciones secas es peligroso atravesarlo... pero en las lluviosas es horrible... A pesar de todo, hay algunos intrincados senderos por los que un hombre ágil puede pasar..., yo los he descubierto.

WATSON Algún día los estudiaré yo.

STAPLET. ¡No lo intente usted, por Dios! Yo sería el culpable de su desgracia. Le aseguro que le sería imposible volver con vida. Si yo lo he conseguido ha sido a fuerza de estudiarlo detenidamente y... (Se oye fuera un aullido prolongado y triste.) ¿Oye usted?... ¿oye usted?...

WATSON ¿Qué es eso?

STAPLET. La superstición dice que es el perro-lobo de la leyenda de los Baskerville, que pide la entrega de su víctima. Lo he oído varias veces antes de morir sir Carlos, pero nunca tan fuerte como ahora.

WATSON ¿Usted no cree en eso?

STAPLET. No, señor. Pero, ¿qué otra cosa puede ser?

WATSON La voz de algún ser viviente.

STAPLET. No creo que ninguno se atreva a vivir en las cuevas próximas al páramo. Son verdaderas cavernas, a propósito sólo para refugio de bandidos... Mas me he entretenido demasiado... Voy a saludar a sir Enrique. Con su permiso. (Mutis.)

ESCENA VII

WATSON, luego, MISS BERYL; después, STAPLETON.

WATSON — Un poco extravagante..., pero excelente sujeto. (Entra miss Beryl, con precaución; mira a todos lados, y convencida de que Watson está solo, se dirige a él emocionada. A media voz.)

BERYL — ¡Caballero!... (Watson sorprendido.)

WATSON — ¡Señora!...

BERYL — Márchese. Márchese a Londres inmediatamente.

WATSON — ¿Yo? ¿Por qué causa?

BERYL — No puedo explicarme... Pero por Dios, se lo ruego... Márchese y no ponga más los pies en el páramo... ¡Ah! ¡Mi hermano! ¡Silencio!

STAPLET. — ¡Hola, Beryl!

BERYL — Mortimer me dijo que estabas aquí.

STAPLET. — Ya dije a usted... Aquí no guardamos formalidades en las presentaciones. Plena confianza, costumbres sencillas..., vida campestre...

BERYL — Así lo decía sir Enrique.

STAPLET — ¿Le has visto?

BERYL — ¿No es éste caballero?

WATSON — Se ha equivocado usted, miss Beryl...; soy un simple plebeyo, amigo de sir Enrique. Me llamo Watson.

BERYL — (Contrariada.) ¡Ah!... En ese caso... (Aparte a Watson.) retiro mis palabras.

WATSON — (¡Es tarde!)

BERYL — Creía hablar a sir Enrique.

STAPLET. — Poco habrás podido decirle en tan poco tiempo. Yo le he dejado ahora mismo para ir al comedor en busca de sir Enrique, pero no le he encontrado. Parecerá a usted un raro capricho que hayamos elegido este punto de residencia... Sin embargo, mi hermana y yo lo pasamos muy bien.

BERYL Sí..., preferimos la soledad al bullicio.

STAPLET. No es todo virtud... Entra por mucho la necesidad... Antes de venir aquí tuve un colegio establecido en el norte de Inglaterra. No me fué bien... Se desarrolló una epidemia y murieron tres muchachos... No conseguí rehacerme de aquel rudo golpe y perdí mucho dinero. Aquí, con mis aficiones a la botánica y a la zoología, encuentro ancho campo para trabajar...: Esta explicación obedece al gesto de extrañeza que he creído notar en usted al dirigirse a mi hermana.

WATSON En efecto..., este sitio debe parecerle un poco triste..., aburrido...

BERYL Yo no me aburro nunca.

STAPLET. Tenemos una buena biblioteca... y excelentes amigos, como Mortimer. ¡ Y sir Carlos cuando vivía !... ¡ Oh, le echamos mucho de menos ! ¡ Ah, sir Enrique ! ¡ El mismo porte de nobleza del difunto !... (Llamando.) ¡ Sir Enrique !... (Mutis lateral.)

WATSON (A Beryl.) Ahora explíqueme usted sus palabras.

BERYL Olvídelas. Ninguna relación tienen con usted. Creí hablar a sir Enrique.

WATSON Soy su amigo. Su protector. ¿Por qué desea usted tan vivamente que regrese a Londres?

BERYL Un capricho de mujer.

WATSON Muy raro.

BERYL Como circula la fantástica leyenda del perro vengador. Soy mujer... No puede usted extrañar que tenga miedo a todo lo fantástico y extraordinario.

WATSON Sólo una pregunta. ¿Por qué temía usted que su hermano oyese sus advertencias?

BERYL Mi hermano desea que habite en el castillo su dueño, porque de ello depende el bienestar de los labradores del país. Por eso se incomodaría si supiese que yo ha-

bía indicado algo que pudiese alejar a sir Enrique. (Dentro se oye hablar.) Vienen.

WATSON — Ahora soy yo el que ruego a usted. ¡ Ni una palabra de esto !

ESCENA VIII

Dichos, STAPLETON y ENRIQUE

ENRIQUE — Amable vecino... Encantado de conocerle.

STAPLET. — ¡ Oh, sir Enrique !... Es usted digno sobrino de su tío. Mira. Mira, hermana... Este es el heredero legítimo de aquel excelente amigo sir Carlos. ¡ El señor de Baskerville ! ¡ Mi hermana Beryl, caballero !...

ENRIQUE — Señorita... Verdaderamente le doy las gracias al cielo por haberme conducido a este sitio, que no pude soñar tan favorecido de la bondad y la hermosura.

BERYL — Caballero...

ENRIQUE — Crea usted, señorita, que mi admiración por su belleza es sincera.

STAPLET. — ¡ Nada de galanterías ! Completa confianza. Su tío de usted me honraba con ella.

ENRIQUE — Me consta, y mi amistad no será menos firme. Según me dijo Mortimer, mi buen tío le tenía a usted encargado el reparto entre los pobres de algunas limosnas.

STAPLET. — Sí. Sir Carlos, oue era bondadoso en extremo, me dispensaba ese honor. ¡ Le han llorado de veras los pobres de la comarca !

ENRIQUE — Me hará usted igual obsequio. Quiero ser también amigo de los desgraciados.

BERYL — Eso prueba su noble corazón.

ENRIQUE — ¡ Oh, señorita ! ¡ Quién no se sentiría bueno a su lado ! La felicidad es generosa, y ver a usted es ya un principio de felicidad.

STAPLET. Bueno, bueno; pero los señores han de comer aún...

BERYL Vámonos entonces.

ENRIQUE ¿No nos favorecerán ustedes aceptando un puesto en nuestra mesa?

STAPLET. Es demasiado tarde... Nuestra casita está lejos. El páramo, de noche es poco seguro. Otro día..., otro día..., ¿verdad, hermana?

BERYL Lo que tú dispongas.

ENRIQUE Entonces, mañana.

STAPLET. Convenido..., pero a condición de que pasado honrarán ustedes nuestra humilde casa y nuestra modesta mesa.

ENRIQUE Aceptado.

STAPLET. Pues hasta mañana. Sir Enrique..., señor Watson..., vamos a ser muy buenos amigos. No es que me alabe, pero crean ustedes que, salvo mi manía inofensiva de atrapar mariposas, soy hombre de pocos defectos... Llanote..., enamorado de la naturaleza...

ENRIQUE (Yo lo empiezo a estar de su hermana...)

BERYL Entretenemos demasiado a estos caballeros. Buenas noches.

STAPLET. Eso es. Buenas noches.

ENRIQUE Barrymore, (Sale éste.) acompañe a los señores.

STAPLET. ¡Oh! No hay para qué... Sin molestia de nadie... Conocemos perfectamente el camino. (Mutis con Beryl.)

ESCENA IX

ENRIQUE, WATSON y BARRYMORE

ENRIQUE ¡Y bien, amigo Watson! He ahí una preciosa muchacha.

WATSON Ya hablaremos de eso. Diga usted, Barrymore: ¿usted recibió ayer el telegrama de sir Enrique, anunciando su viaje?

BARRYMO. Sí, señor. Claro está.

WATSON ¿Se lo entregó a usted el mismo ordenanza?

BARRYMO. (Vacila.) Diré a usted... No, señor. A mí me lo entregó mi mujer.

WATSON Pero usted pondría la contestación.

BARRYMO. Tampoco. Le dije a mi mujer lo que había de contestar y ella se encargó de hacerlo.

WATSON Basta. Vamos al comedor..

BARRYMO. No puedo comprender, caballero, el motivo de sus preguntas..., pero supongo no haber incurrido en alguna falta, para desmerecer la confianza de sir Enrique.

ENRIQUE Nada de eso.

BARRYMO. ¿Ni mi mujer tampoco?

ENRIQUE Al contrario. La tengo por persona digna y respetable.

WATSON Es mi opinión también.

BARRYMO. Es un poco exagerada en lo tocante a devoción. No tiene otro defecto. Creo haberla hecho feliz.

WATSON (Rápido.) Entonces, ¿por qué llora?

BARRYMO. ¿Llora? ¿Mi mujer?

ENRIQUE ¿Usted no lo sabe?

BARRYMO. Ni lo creo.

WATSON Yo aseguro a usted que anoche, desde la avenida del castillo, oímos sollozos.

BARRYMO. El señor confundió los ruidos. Le parecieron sollozos los rumorcillos del aire entre las hojas... La noche es melancólica en el campo.

WATSON Puede ser, puede ser que me equivocara.

ENRIQUE Pero, ¿no comemos?

WATSON Vamos allá... Que sirvan ya, Barrymore. (Mutis de éste.)

ESCENA X

ENRIQUE y WATSON

WATSON (Media voz.) Es preciso redoblar la vigilancia.

ENRIQUE ¿Desconfía usted de los Barrymore?
WATSON Sí.
ENRIQUE No veo el motivo. Sin embargo, los sollozos eran verdad.
WATSON Y lo han negado.
ENRIQUE Es poco agradable vivir desconfiando de nuestros mismos servidores.
WATSON No hay servidor más leal que un buen revólver. ¿Lleva usted el suyo?
ENRIQUE Siempre va conmigo. No es cosa de abandonarle en este lugar de augurios tan siniestros.
WATSON Pues prevenido a todo. Venga usted..., comamos y vigilemos. (Mutis.)

ESCENA XI

SEÑORA BARRYMORE y MR. FRANKLAND. Pausa. Entran por el foro.

S. BARRY. El señor está ocupado...
FRANK. ¡Bueno! ¡Y para eso me he dado yo una caminata de cuatro millas! ¡Y tengo que volver de noche cerrada a Safter Hall, cruzando el páramo! ¡Es una delicia! ¡Y estando infestado de criminales!
S. BARRY. ¿Qué dice usted?
FRANK. Que se refugia en el páramo un fugado de presidio. Ya comprenderá usted que no es precisamente una recomendación que incite a cruzar a pie y de noche cuatro millas de mal camino! (Empieza fuera la tempestad.) ¡Exponerse a dar de cara con un asesino..., un ladrón..., un...
S. BARRY. Un desdichado.
FRANK. ¡Zapateta! El desdichado es el que tropieza con él. O con el famoso perro lobo de los Baskerville. Le he oído aullar al atardecer. Y luego..., hace una media hora apenas..., por estas inmediaciones.
S. BARRY. ¡Madre de Dios! ¡Cuando acaba de llegar el nuevo amo!

FRANK. Sí, es un buen aviso, para que se largue. Si no es una broma de las gentes de Safter Hall... ¡ Malas gentes, señora Barrymore ! Pero con estas malditas leyes británicas las malas gentes son las que triunfan y viven. A mí me han arruinado.

S. BARRY. Le ha arruinado a usted su manía de pleitear.

FRANK. El pueblo es un estúpido. .

S. BARRY. ¡ Esa misma opinión tiene de usted el pueblo !

FRANK. ¡ Me la pagarán ! Por de pronto ya tienen en el páramo un fugado de presidio, que se les irá comiendo los rebaños res a res.

S. BARRY. No hará tal. Sería descubrirse y perderse.

FRANK. ¡ Vivirá del aire, si a usted le parece !

S. BARRY. En fin. ¿Entra usted o no?

FRANK. No, señora. Estarán comiendo... No sería discreto. Hará usted presentes mis respetos y los de mi hija a sir Enrique y al señor Watson. No se olvide usted de mi hija. Creo que necesita algún dinero para su pleito de divorcio. El difunto sir Carlos la favoreció más de una vez... Puede que sir Enrique haga lo mismo. Bueno es ir preparando el terreno. Volveré en ocasión más propicia. ¡ Salud ! (Fuera, un relámpago.) ¡ Zapateta !

S. BARRY. ¡ El señor nos proteja !

FRANK. Amén. A ése no se le puede poner pleito. Pero ¿cree usted que no lo merecería? Coge a uno a cuatro millas de su casa, sin paraguas..., de noche y teniendo que atravesar el páramo, infestado de ladrones y asesinos...

S. BARRY. Si quiere usted un paraguas y unos zuecos...

FRANK. Gracias... Sería abusar. Si los tomara prestados, la gente creería que no los tenía propios. Eso molestaría mi dignidad. ¡ Achis ! ¡ Ya me he constipado !

S. BARRY. Lo mejor que puede usted hacer es que-

darse en casa del doctor Mortimer, que está cerquita.

FRANK. ¡Admirable idea! Me voy a casa del doctor. (Marca el mutis. Otro relámpago.) ¡Zapateta!

S. BARRY. ¡Cómo arrecia el temporal! ¡Qué desdicha! ¿Dónde se refugiará el infeliz fugitivo?

FRANK. ¿Cómo? ¿Piensa usted en ese miserable?

S. BARRY. Ese miserable es hijo de... es hijo de Dios también.

FRANK. ¡Achist! ¡Me parece que calma algo... Sí, calma..., calma...

S. BARRY. Pues aproveche usted la calma y váyase usted deprisa.

FRANK. Tiene usted razón... Deprisa..., aprovechando la calma... ¡Achist! ¡Achist! ¡Ya lo pesqué! (Mutis.)

S. BARRY. ¡Jesús! ¡Jesús!... Ya han debido acabar de comer. Voy a servir el café a los señores. (Apaga la luz. Pausa conveniente. Continúa la tempestad fuera, ruido de lluvia, algún relámpago, pocos truenos y sin mucho ruido.

ESCENA XII

BARRYMORE por la galería. Trae una linterna oculta bajo el chaquetón. Atraviesa media escena de lateral a foro cautelosamente, abre la puerta de cristales del foro, sale a la terraza y hace algunas señales con la linterna hacia el campo. Nueva pausa.

ESCENA XIII

Dicho, ENRIQUE y WATSON. Al final, SEÑORA BARRYMORE.

Con suma precaución también, casi arrastrándose tras Barrymore, llegan a la puerta de cristales del foro, revólver en mano, observan un momento. Barrymore hace nuevas señas con la linterna. Entonces ambos se precipitan sobre él, y cogiéndole por los brazos lo bajan a empujones hasta el centro de la escena. Al grito de su marido la señora Barrymore sale puerta lateral.

ENRIQUE ¡Ah, miserable!

WASTON ¡Caíste! ¡Ya tenemos la pista!

ENRIQUE ¡ Eres el cómplice del asesino de sir Carlos !

BARRYMO. ¿ Yo ? ¡ Jesús ! ¡ Jesús !

ENRIQUE ¡ Y vas a morir a mis manos !

BARRYMO. ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! (Sale la señora Barrymore.)

WATSON ¡ Luz ! (Da la luz eléctrica.)

ENRIQUE ¡ La verdad ! ¡ Va usted a decirnos la verdad !

BARRYMO. ¡ No puedo ! ¡ No puedo, señor ! ¡ Este secreto no es mío !

WATSON Mire usted..., otra luz... Allá en el fondo del páramo contesta a las señales de la linterna de Barrymore.

BARRYMO. ¡ Ah, está allí ! ¡ Está allí todavía !

WATSON Pero, ¿ quién ? ¿ Quién ?

ENRIQUE ¡ El asesino de mi tío, sin duda !

BARRYMO. ¡ No, no !...

WATSON ¡ Hable usted !

BARRYMO. ¡ No puedo ! ¡ No puedo !

WATSON ¡ Miserable !

ENRIQUE ¡ Canalla !

S. BARRY. (Interponiéndose, llorando con desesperación.) ¡ Piedad ! ¡ Piedad, señores ! ¡ Mi marido es inocente ! ¡ Yo sola..., yo soy la culpable !... ¡ Piedad !... (Cae de rodillas.) ¡ Y juro en el nombre de Dios que diré a ustedes toda la verdad ! ¡ Toda !... ¡ Pobre hermano mío !...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Jardín del castillo. A la derecha, la fachada con puerta y terraza. Se baja a la escena por una escalinata amplia y adornada con plantas y jarrones. El foro, limitado por una verja de hierro con puerta de arco. Detrás, el páramo. Bosque muy tupido y de aspecto tétrico. Bastidores de jardín. Un banco a la izquierda. Algunas mecedoras y muebles de junquillo. De día.

ESCENA PRIMERA

WATSON y ENRIQUE. Del castillo, fumando, bajan a la escena. En este acto Enrique habrá cambiado su traje de los actos anteriores por uno elegante de mañana.

ENRIQUE Todavía, amigo Watson, estoy emocionado y conmovido por la tremenda revelación de la señor Barrymore. He dormido poco... ¿Y usted?

WATSON He reflexionado.

ENRIQUE ¿Cree usted que esas gentes dicen la verdad?

WATSON Por completo. Además, tengo pruebas.

ENRIQUE ¿Usted?

WATSON Sí, señor. Cuando todos ustedes se retiraron a descansar, yo salté por la ventana de mi cuarto y corrí al páramo, hacia el sitio donde había brillado la luz que contestaba a las señales de Barrymore.

ENRIQUE ¡Qué imprudencia!

WATSON — Llevaba mi revólver... Corrí mucho y llegué a tiempo. Sobre un montículo se agazapaba, linterna en mano, un hombre de aspecto selvático. Al verme, apagó la luz y emprendió veloz carrera, internándose en la espesura.

ENRIQUE — ¿Le siguió usted?

WATSON — ¿Para qué? No le hubiera alcanzado. Además, pude observar que llevaba el uniforme del presidio. Indudablemente es el fugitivo que persigue la justicia. Se escapó hace muy poco del penal, luego, no puede ser el autor del crimen que privó de la vida a sir Carlos. Nada tiene que ver con el famoso perro de los Baskerville..., si existe ese perro.

ENRIQUE — Existe. Anoche, mientras usted corría en busca del fugado de Princetown, yo salí al jardín... Tenía necesidad del misterio de la naturaleza para consultar mi corazón. No he de negar a usted que desde que vi a la señorita Stapleton, su bella imagen no se aparta de mi pensamiento.

WATSON — ¿Tan pronto enamorado?

ENRIQUE — ¿Quiere usted más pruebas que mi paseo de noche por el jardín solitario?... De improviso oí..., estoy seguro, Watson..., oí el aullido de un perro... No se ría usted de mí ni me trate como a un chiquillo... : aquel aullido heló la sangre de mis venas. ¿Habrá algo de verídico en la leyenda de mi familia? ¿Existirá realmente el misterioso peligro que amenaza mi vida? ¿Usted lo cree así?

WATSON — Vaya..., no se me vuelva usted supersticioso. Creo que lo que nos interesa es convencernos de que los Barrymore han dicho la verdad. De que, en fin, la estancia de ese foragido en el páramo no encierra peligro alguno para usted...

ENRIQUE — Mire usted..., podemos de nuevo interrogarlos.

ESCENA II

Dichos. BARRYMORE, del castillo. Luego, LA SEÑORA BARRYMORE

BARRYMO. Cuando el señor disponga nos iremos del castillo.

ENRIQUE ¿Y va usted a marcharse deshonrado por mi sospecha?

BARRYMO. Anoche... yo no hubiese dicho nada aunque ustedes me hubiesen matado, porque no era mío el secreto; pero mi mujer habló... Y ustedes lo supieron todo. Nada iba contra usted, señor. Yo se lo juro.

S. BARRY Yo sola tengo la culpa... Pero, ¿qué debía hacer? ¿Cómo habíamos de consentir que se muriese a las puertas de casa, solo, hambriento, abandonado? ¡Es mi hermano, señor, es mi hermano!

WATSON Pero las señas...

S. BARRY. Le avisábamos por medio de la linterna que le llevaríamos comida...

BARRYMO. ¡Qué sería del infeliz sin nuestra ayuda?...

S. BARRY. Es mi hermano menor... Le mimamos mucho de niño... Mi pobre madre murió de pena...

BARRYMO. ¡Era una santa mujer!...

S. BARRY. El fué de mal en peor. Robó primero..., asesinó más tarde... De crimen en crimen rodó hasta las gradas del cadalso. La misericordia de los jueces le conmutó la pena, encerrándole para siempre en una cárcel... Yo sé que ha hecho mucho mal en el mundo... ¡pero es mi hermano!... Se fugó de la prisión... Eso no es delito... Todos los seres aman la libertad. Sabía que vivíamos aquí. Llegó una noche arrastrándose..., perseguido por la policía, fatigado, medio muerto de sueño y de ham-

bre... ¿Qué habíamos de hacer?... Le socorrimos.

BARRYMO. Pero me negué a admitirlo en la casa. Fué a buscar refugio en los escondrijos del páramo. Cada dos noches, por medio de esas señales con la linterna, nos aseguramos de que está aún allí y voy yo a llevarle pan y carne.

S. BARRY. Esa es la verdad de cuanto ha sucedido, señor.

ENRIQUE En el fondo de mi conciencia apreubo su conducta, buena mujer.

WATSON Pero ese hombre constituye un peligro para los escasos habitantes del páramo...

ENRIQUE ¡Oh, es preciso evitar!... ¡Que salga del país!

BARRYMO. En cuanto pueda...

ENRIQUE Sí..., sí...

WATSON ¿Mas cómo huir con el uniforme de presidio?

ENRIQUE Yo atenderé a eso. Barrymore, le llevará usted ropa y dinero... Tengo trajes de sobra... Y no podría ir lejos desprovisto de fondos.

S. BARRY. ¡Dios se lo recompense a usted, señor!

BARRYMO. Mi mujer se moriría de pena si de nuevo le apresasen.

ENRIQUE Por nuestra culpa no será.

BARRYMO. Gracias, señor... (Pequeña pausa.) Ahora, y correspondiendo a su noble acción, voy a decir a usted algo...; algo que no sabe nadie. Respecto a la muerte de sir Carlos.

ENRIQUE } WATSON } (Con mucho interés.) ¡Eh!

S. BARRY. ¡Ah, sí! Habla..., habla...

ENRIQUE ¿Sabe usted la causa de su muerte?

BARRYMO. No, señor..., eso no.

ENRIQUE ¿Qué sabe usted, pues?

BARRYMO. Sé por qué estuvo en esa puerta..., por qué salió hacia el páramo... a hora tan avanzada de la noche...

WATSON ¿Por qué?
BARRYMO. ¡Esperaba a una mujer!
ENRIQUE ¿A una mujer, sir Carlos?
WATSON ¿Quién era? ¿Quién era esa mujer? En nombre de la justicia, Barrymore.
BARRYMO. Lo ignoro. Pero sus iniciales son C. L.
ENRIQUE ¿Cómo sabe usted eso?
BARRYMO. Su tío recibió aquella mañana una carta. Eso no tiene nada de extraño, porque recibía muchas. Pero aquel día sólo llegó una.
S. BARRY. Por eso nos fijamos en ella.
BARRYMO. Estoy seguro de que la letra era de mujer.
WATSON ¿Qué más?
BARRYMO. No me hubiera vuelto a acordar de aquella carta, pero hace días me llamó la atención acerca de ella mi mujer, que limpiando el despacho de sir Carlos encontró entre las cenizas de la chimenea restos de una carta quemada.
S. BARRY. No era más que un pedacito lo que podía leerse todavía.
BARRYMO. Debía ser la postdata, y decía así: «Ruego a usted como caballero que queme esta carta en cuanto la lea y le pido por favor no deje de estar en el portillo a las diez de la noche. Allí le espero.—C. L.»
WATSON ¿Conserva usted ese pedacito de papel?
BARRYMO. Imposible. Quedó reducido a cenizas en cuanto le tocamos.
ENRIQUE ¿Y no tiene usted idea alguna de quien pueda ser esa C. L.?
BARRYMO. Absolutamente ninguna.
WATSON ¿Usted conocerá a casi todos los habitantes de esos alrededores?
BARRYMO. A casi todos, señor Watson.
WATSON ¿Pudiera usted decirme el nombre de una mujer cuyas iniciales sean C. L.?
BARRYMO. No creo que haya nadie de esas iniciales. ¡Ah, sí; calle usted! Sí que la hay. Clara

Lyons, la hija de Frankland, el viejo excéntrico.

S. BARRY. Precisamente estuvo anoche a visitar al señor y quedó en que hoy volvería con su hija.

ENRIQUE Entonces...

WATSON Convendría interrogarla a solas. Delante de su padre quizás no hablara. Barrymore, le confío a usted esa misión. Necesitamos hablar con Clara Lyons, sin testigos. Usted hallará el medio.

BARRYMO. No lo creo difícil. Ahora mismo iré a su casa a avisarla.

ENRIQUE (A la señora Barrymore.) Y usted, coja de mi ropa lo que le parezca y llévela a ese desdichado. Pregúntele, además, qué cantidad necesita para abandonar el país e irse a América. Disponga usted hasta de doscientas libras.

S. BARRY. ¡Oh, gracias! Gracias, señor. Salva usted su vida y nuestra honra. Le serviremos a usted de rodillas... Pediremos a Dios noche y día, con rezo fervoroso, que aleje de usted el peligro que constantemente amenaza en este castillo a los Baskerville. (Mutis Barrymore por la verja y la señora Barrymore al interior.)

ESCENA III

ENRIQUE y WATSON

ENRIQUE ¿Qué le parece a usted? Algo hemos adelantado.

WATSON Mucho. Sabemos que alguien está enterado de las circunstancias de la muerte de sir Carlos. Ante todo avisaremos a Holmes. Voy al telégrafo. No salga usted del castillo hasta que yo regrese. ¡Tengo verdadero miedo por usted, sir Enrique! Oprime mi corazón algo como un presen-

timiento de una desgracia próxima... Pero estoy alerta... ; nada tema estando yo a su lado, pero por el divino amor, no atraviese usted esa verja no yendo conmigo. (Mutis.)

ENRIQUE Se lo prometo.

ESCENA IV

ENRIQUE. Luego, BERYL. Al final de la escena, STAPLETON.

ENRIQUE No saldría solo del castillo más que en un caso : si supiera que iba a encontrar ocasión de ver y hablar a Beryl. ¡ Niña encantadora !

BERYL (Fuera de la verja.) Bien..., bien... Lo diré a sir Enrique, hermano mío.

ENRIQUE (¡ Ella !) Gran suerte la mía, señorita... Cuando estaba pensando en la dicha que para mí constituye su presencia, se me aparece usted... ¿Qué más puedo desear?

BERYL Es usted muy galante, sir Enrique. Hemos venido, aceptando su invitación de anoche. Mi hermano me acompaña... Pero esclavo de su manía... ha visto una mariposa cerca del jardín y se ha lanzado a su captura... No puede tardar... Es un cazador muy diestro.

ENRIQUE (Indicándole el banco del jardín. Ella se sienta.) Esperémosle pues... ¿Me permite usted ocupar un sitio a su lado?

BERYL ¡ Oh, sí ! (Enrique se sienta.) Con mucho gusto.

ENRIQUE Si de corazón me lo dice usted..., Dios se lo pague.

BERYL Siempre se está a gusto al lado de una persona cortés, instruída y amable...

ENRIQUE He llegado ayer, señorita, preocupado por las tristezas que en esta casa ha sufrido mi familia. Es posible..., seguro casi, que una vez tomada posesión de mis do-

minios hubiese regresado a Londres, cuya vida espléndida era más grata a mi juventud.

BERYL ¡Sí, sí! Vuélvase usted..., vuélvase usted a la ciudad, Enrique.

ENRIQUE Es que apenas he llegado... cambié de parecer.

BERYL ¿Por qué motivo?

ENRIQUE Por uno nada más. ¡La he visto a usted!

BERYL Eso ya es exagerar la galantería.

ENRIQUE Es hablarle a usted con sinceridad, Beryl.

BERYL No puedo admitir...

ENRIQUE ¿Mis homenajes?... ¿Por qué no? Me he educado en un país, señorita, donde es máxima obligatoria el antiguo proverbio inglés «el tiempo es oro». No soy avaro, pero no me gusta desperdiciar mi fortuna. Por eso me apresuro cuanto antes a conquistar la dicha.

BERYL Caballero...

ENRIQUE Y mi dicha está en usted. Mi corazón no me engaña.

BERYL Permítame usted... Puede llegar mi hermano...

ENRIQUE Y le hablaré con igual franqueza.

BERYL ¡Oh, no! ¡No, por Dios! ¡Ni una sola palabra!

ENRIQUE ¿Por qué? ¿Es acaso un delito el amarla? Soy libre, señorita..., rico..., joven..., no me juzgo un modelo de perfecciones, pero tampoco un monstruo de defectos. Sabré hacer su felicidad, porque a esa labor me dedicaré en cuerpo y alma. Estos sentimientos míos, ¿no despiertan algún eco en su corazón?

BERYL No..., amar a usted..., no. Piense usted..., mi hermano...

ENRIQUE Lo será mío, Beryl. Imagínese usted, por un momento, lo dichosos que seríamos amándonos, consagrados el uno al otro por toda la vida. (Abrazándola por la cintura.)

BERYL ¡Oh..., no..., no! ¡Si es imposible! ¡Si es imposible eso!

ENRIQUE Nada hay imposible para el amor verdadero. Amo a usted, Beryl... Amo a usted cuanto un hombre es capaz de amar a una mujer. Se lo suplico, Beryl... Sea usted mi esposa... (Cayendo de rodillas a los pies de Beryl. Un momento antes ha entrado Stapleton, que se dirige furioso a sir Enrique, gritando.

STAPLET. ¡Ah, miserable! ¡Miserable!

ENRIQUE (Levantándose indignado.) ¿Qué? ¿Quién dice eso?

BERYL ¡Jesús!

STAPLET. ¡Soy yo! ¡Soy yo quien lo dice! ¡Una y mil veces miserable!

BERYL (Asustada.) Escucha... No hay motivo...

STAPLET. ¡Calla, tú! ¡Mujer al fin, frágil y liviana como todas!

ENRIQUE ¡Basta! ¡No hay razón para esos insultos! ¡Olvida usted que su hermana es libre, y yo tan libre como ella!...

STAPLET. ¡Mi hermana!

BERYL ¡Stapleton! (Con un grito.)

STAPLET. Soy, caballero, el jefe de la familia... Y a mí debió usted dirigirse en todo caso... ; pero tratar a espaldas mías de seducirla y engañarla... me da derecho a repetirle que es obra sólo digna de un miserable.

ENRIQUE (Ya furioso.). Por la memoria de mi madre que esas palabras... (Tratando de lanzarse a él.)

BERYL (Interponiéndose.) ¡Oh..., por piedad!... Sir Enrique... Hermano...

ESCENA V

Dichos, WATSON y MORTIMER.

WATSON ¿Qué sucede aquí?

MORTIMER ¡Caramba! ¿Es ahora costumbre, entre los buenos amigos, invitarse a almorzar para entretenerse en reñir?...

ENRIQUE No creo que esto suceda más que entre personas que han perdido la razón... Es indudable que ese caballero o yo deberíamos estar en un manicomio... (A Stapleton.) ¿Qué puede usted reprocharme? Lealmente he ofrecido a su hermana mi nombre y mi fortuna, porque la amo.

BERYL Pero yo he rehusado..., he rehusado, hermano mío.

ENRIQUE Cierto. A todos mis ofrecimientos no ha hecho más que contestarme con evasivas...

STAPLET. Dispénseme usted, sir Enrique. Declaro que he estado con usted descortés e inconveniente... De todo corazón me arrepiento y le pido mil perdones. Seamos amigos. Comprenda usted que mi hermana lo es todo para mí. La idea de una separación... me ha impresionado mucho... ¿Qué sería de mí sin ella?

MORTIMER Es usted un redomado egoísta, amigo Stapleton ¡ Qué diantre ! Por el bien propio no debemos sacrificar el ajeno. Su hermana tiene derecho a elegir compañero en la vida. Tiene derecho a ser dichosa..., a amar y ser amada.

WATSON Verdaderamente... La oposición de usted, señor naturalista, no es muy razonable...

STAPLET. Sí..., lo comprendo... Pero me sería tan dolorosa esa separación...

BERYL No..., si yo no...

STAPLET. Calla... Sir Enrique..., vuelvo a repetirle que no he tenido razón... Mas necesito algún tiempo para acostumbrarme a la idea de la soledad.

BERYL ¡ ¿Tú? !

STAPLET. Sí, yo. El doctor dice bien... Soy un egoísta. Firmemos las paces con una condición, sir Enrique.

ENRIQUE Diga usted.

STAPLET. Prométame usted no dirigir una palabra

de amor a mi hermana, durante tres días, y al cabo de ellos, previa su consulta, otorgaré a usted su mano.

ENRIQUE Celebro de veras que renazca entre nosotros la buena amistad. Y hago la solemne promesa de no dirigir frase alguna a la señorita Beryl que trasluzca el estado de mi corazón, en el término de tres días, pasados los cuales reiteraré a su hermano mi petición formal de hacerla mi esposa.

BERYL Permita usted que...

STAPLET. ¡ Nada..., nada..., tres días de tregua pacífica !

BERYL (¡ Pobre sir Enrique !)

ESCENA VI

Dichos y FRANKLAND.

FRANK. La paz sea con todos.

MORTIMER ¡ Oh, el famoso pleitista !

STAPLET. ¡ Amigo Frankland !

FRANK. Vengo a saludar al nuevo señor del castillo.

ENRIQUE Yo soy, para servirle.

FRANK. Y mi modesta persona está a su disposición, sir Enrique. Ya nada más podía ofrecerle. Cosas de la vida, que viene uno obligado a soportar porque no hay medio de poner pleito al destino. ¡ Si lo hubiese !... Yo llevo 127 perdidos. ¿Qué me importa uno más?

MORTIMER ¿127 nada más?

FRANK. Perdidos, pero he ganado 122.

MORTIMER ¿Y se ha arruinado usted entre los 249?

FRANK. No se pleitea por el interés, sino por el derecho.

STAPLET. Sí..., su derecho a morirse de hambre.

FRANK. A mí me falta ya muy poco. Gracias a la bondad generosa de sir Carlos... Me pasaba una pequeña pensión...

ENRIQUE Que se le seguirá a usted abonando.

FRANK. Gracias. No debía hablar de eso porque rebaja un poco mi dignidad..., pero el hecho es que lo necesito. Soy viejo..., se burlan las gentes de mí...

WATSON Pero, ¿por qué pleitea usted?

FRANK. Pleitear es vivir, para mí. Estoy tan acostumbrado..., pero es el caso que no soy yo solo a pleitear. El señor Stapleton lo sabe. Tengo una hija.

WATSON ¿Y también pleitea?

FRANK. Se enamoró de un pintamonas que venía al páramo a dibujar, y se casó con él. Una vez casado, ya no pintaba monas, sino que las cogía... Y como el vino le daba por pegar a su mujer..., yo puse pleito al tabernero... Y mi hija entabló el divorcio contra su apaleador. Además, se unió a él sin mi consentimiento, por lo cual la he prohibido llevar mi apellido. Santo y bueno que mi yerno le apalease el cuerpo..., ¡pero que apalease mi apellido!... ¡no!... Eso no quise consentirlo, y le puse pleito.

ENRIQUE ¡Hombre!

FRANK. Uno de los que gané. El juez condenó a Clara a no llamarse en adelante Frankland, sino Lyons, como el borracho del pintamonas.

WATSON ¿De manera que su hija se llama?...

FRANK. Clara Lyons, desde que contrajo matrimonio. Cuando la abandonó el marido, la recogí en mi casa, a condición de que presentara la demanda de divorcio, que está próxima a resolverse, asunto que pude seguir gracias a las dádivas generosas del difunto sir Carlos.

ENRIQUE También yo contribuiré a la buena obra de evitarle legalmente la contingencia de futuras palizas. En fin, si les parece a ustedes, aprovecharemos la ocasión de estar reunidos para dar juntos un paseo por el

páramo. Tengo verdadera curiosidad de asomarme a la boca de ese charco siniestro que engendra perros infernales contra mi familia.

STAPLET. Yendo conmigo no tenga usted cuidado de tropezar con ninguno. Le haremos la cruz. Dé usted el brazo a mi hermana, Mortimer, y en marcha.

MORTIMER En marcha.

ENRIQUE Ustedes delante... Les sigo... (Aparte rápido a Watson.) Ya lo ha oído usted: Clara Lyons.

WATSON Vendrá. Acaba de decírmelo Barrymore. Discúlpeme usted mi ausencia con cualquier pretexto.

VOCES ¿Vamos..., sir Enrique?

ENRIQUE Voy, voy..., amigos míos. (Mutis.)

ESCENA VII

WATSON. Luego, CLARA LYONS.

WATSON ¿Qué papel desempeñaría Clara Lyons en el trágico fin de sir Carlos? Hasta ahora sabemos que había escrito a sir Carlos, citándole para la hora precisa y en el sitio donde halló la muerte. Interrogaré a esa mujer... Ha de ser muy lista para no descubrirse. (Viendo a Clara, que se detiene fuera de la verja del jardín.) ¡Ella debe ser!... (A Clara.) Señora..., ¿es usted la señora Lyons, sin duda?

CLARA ¿Me conoce usted?

WATSON No tenía ese gusto..., pero la esperaba.

CLARA (Entrando.) ¡Ah!, ¿entonces estoy hablando con sir Enrique?

WATSON Con un íntimo amigo suyo. Soy el doctor Watson. También hace unos instantes he hablado con su padre, señorita Clara, quien me ha enterado de las desgracias que la afligen a usted.

CLARA — Estoy a punto de librarme de ellas.
WATSON — Sí..., sé, que confía usted en el divorcio
CLARA — Está favorablemente resuelto. Lo acabo de saber.
WATSON — Doy a usted mi enhorabuena.
CLARA — Gracias, caballero.
WATSON — Indudablemente ha tenido usted buenos protectores.
CLARA — Pocos, pero algunos... Sir Carlos de Baskerville.
WATSON — De ese precisamente deseo que hablemos.
CLARA — ¿Qué puedo decirle de él?
WATSON — ¿Le conocía usted, verdad?
CLARA — Tengo mucho que agradecerle. La pensión de mi padre..., algunos donativos...
WATSON — ¿Se carteaba usted con él?
CLARA — No comprendo el objeto de esa pregunta.
WATSON — El de evitar un escándalo público.
CLARA — ¿Un escándalo?
WATSON — Creo que es preferible que yo le pregunte a usted aquí en secreto, y no un juez en el tribunal.
CLARA — Pero, ¿qué quiere usted saber?
WATSON — Si se carteaba usted con sir Carlos, sencillamente.
CLARA — Le escribí dos o tres veces, agradeciéndole sus beneficios.
WATSON — ¿Recuerda usted la fecha de esas cartas?
CLARA — No.
WATSON — ¿Habló usted en alguna ocasión con él?
CLARA — Dos o tres veces..., pero era muy reservado y prefería hacer el bien secretamente.
WATSON — Si usted le escribió poco y le vió también pocas veces..., ¿cómo se interesó por usted tanto?
CLARA — Hubo personas que le enteraron de nuestra situación. El señor Stapleton.
WATSON — Sí. Era su limosnero.
CLARA — Eso es.
WATSON — ¿Escribió usted alguna vez a sir Carlos dándole una cita?

CLARA ¿Yo? ¿Por quién me toma usted? ¡Nadie tiene derecho a insultar mi abandono y mi pobreza!

WATSON No es tal mi intención; pero mantengo la pregunta.

CLARA En ese caso me niego a contestar.

WATSON Es lástima, porque no podrá usted decirme entonces si esta cita se la pidió usted precisamente la noche de su muerte.

CLARA ¡Ah! (Retrocediendo asustada.)

WATSON Advierto a usted que conozco el texto.

CLARA ¿No la quemó? Pero, ¿es que ya no queda un caballero en el mundo?

WATSON Lo era sir Carlos. Quemó la carta, mas entre las cenizas se ha podido leer la postdata, firmada C. L.

CLARA Sí..., Clara Lyons. Fuí yo quien la escribió. ¿Por qué negarlo? No se trataba de una intriga. Precisaba fondos para resolver la cuestión de mi divorcio. Creí que si podía hablar a solas con él no me negaría lo que necesitaba, por eso supliqué que saliera a verse conmigo.

WATSON ¿Por qué a aquellas horas de la noche?

CLARA Porque acababa de saber, cuando le escribí, que a la mañana siguiente se marchaba a Londres. Yo no podía venir al castillo más temprano.

WATSON ¿Y qué sucedió cuando llegó usted al lugar de la cita?

CLARA No fuí.

WATSON ¡Señora!

CLARA No fuí. Se lo juro. Ocurrió algo que me hizo cambiar de propósito.

WATSON ¿Qué?

CLARA No puedo decirlo.

WATSON ¿No?

CLARA Es muy delicado.

WATSON Contrae usted una responsabilidad enorme... Es posible que los tribunales sean más severos y minuciosos en sus interrogatorios.

CLARA ¡Ah!... Yo no he cometido ningún delito.

WATSON ¿Por qué no acudió usted a la cita? En ella pereció sir Carlos. Piense usted eso.

CLARA Es que después de escrita la carta recibí de otra persona el auxilio que necesitaba.

WATSON ¿Por qué no escribió usted de nuevo a sir Carlos avisándole?

CLARA Me proponía hacerlo, pero era demasiado tarde. ¿Hay en todo eso algo de anormal?

WATSON Ciertamente, puede haber ocurrido todo como usted dice, pero convengamos en que es rarísimo. Usted le cita..., él, venciendo su temor al sitio y a la hora, acude a su llamamiento. Usted no va, y mientras él la espera, muere.

CLARA De un ataque al corazón.

WATSON Es una puñalada sin acero. Muere de espanto. ¿No se creerá fácilmente que el que le espantó era su cómplice de usted?

CLARA ¡Caballero! Esa es una acusación demasiado grave. ¡Juro haber dicho la verdad! No se me oculta que pertenece usted a la policía. Haga usted conmigo lo que le dicte su deber.

WATSON Señora..., quiero creer en su inocencia..., pero no veo claro...

ESCENA VIII

Dichos y FRANKLAND.

FRANK. (Entrando.) ¿Cómo? ¿Tú aquí, hija mía?

CLARA Sí... Me detuve un momento a saludar a este caballero... creyéndole sir Enrique.

FRANK. ¡Oh, este caballero es el doctor Watson, compañero del gran detective Sherlock Holmes! Acaba de decírmelo el señor Mortimer.

CLARA ¿El señor es detective?... (Bien decía yo.) Con el permiso de ustedes..., tengo algo que hacer...

WATSON Señora..., es usted muy dueña.

CLARA Para ayudarme en algo trabajo en una Remington. Copio documentos. No se gana mucho, pero en las casas de los pobres los pocos hacen falta. (Saluda y hace mutis.)

ESCENA IX

WATSON y FRANKLAND.

FRANK. Pues bien, señor Watson. He vuelto porque deseaba hablar con usted. Y que conste que por esta vez no se trata de ningun pleito.

WATSON Usted dirá.

FRANK. Usted habrá venido por el asunto de sir Carlos; luego usted sabrá lo del perro maldito que recorre el páramo, con la existencia en el mismo de un criminal fugado de Princetown.

WATSON Sí; todo eso lo sé.

FRANK. Pero lo que ignorará, seguramente, es que en el páramo, después de la llegada de sir Enrique, hay otro hombre.

WATSON ¿Eh?

FRANK. Lo he visto yo. Y podrá usted verlo también, con ayuda de estos gemelos de campaña. (Mostrando unos que saca de la bandolera.) Por cierto que son regalo de sir Carlos. Sería providencial el que con ellos descubriese usted a su asesino.

WATSON ¿Luego usted cree?...

FRANK. Creo que donde hay un perro que espanta a un hombre determinado, hay otro hombre que le azuza. (Entregándole los gemelos y dirigiéndose al foro.) Mire usted hacia allí..., allí... (Señalando con el brazo extendido.)

WATSON (Mirando.) Las famosas cuevas...

FRANK. ¿Ve usted una cuestecita poblada de jaras y arbustos espinosos? Al pie está la casa de mi futuro yerno Stapleton.

WATSON ¡ Stapleton !

FRANK. Sí, se casa con mi hija en cuanto se resuelva el asunto del divorcio. ¡ Oh, es cosa decidida !

WATSON (Con extrañeza.) ¿¡ Stapleton !?

FRANK. ¿Qué tiene de particular? Es soltero..., vive con su hermana, que un día u otro se casará también. ¿Qué iba a hacer él solo? Cazar mariposas no es una ocupación formal. Un hombre tiene algo más que hacer en este mundo. Ahora él se casa..., y, por una temporada al menos, todos dichosos y las mariposas libres.

WATSON Sí, en efecto... ¿Y decía usted que ese desconocido está...?

FRANK. Allí, ocupa una de las cuevas del cerro, donde dicen que vivían las gentes prehistóricas.

WATSON ¿Cómo se arregla para comer?

FRANK. Va y viene un pastorcillo. Aquel no es sitio en que puedan pastar ganados, y no obstante por allí pasa con frecuencia. Permítame usted. (Toma los gemelos.) ¡ Sí, sí ! ¡ Mire usted ahora ! (Dándoselos.) Véalo con sus propios ojos... Pronto... Antes que baje la cuesta por el otro lado.

WATSON En efecto..., veo un muchacho con un hato al hombro... ¿eh?... Recela algo.... Mira a un lado y al otro, como si temiese que le espiasen, y echa a correr.

FRANK. ¿Tengo razón o no? Ese es el recadero misterioso del hombre que vigila a sir Enrique de Baskerville.

WATSON ¿No podría ser el del penado?

FRANK. No, señor, puesto que Barrymore le lleva lo que necesita.

WATSON ¿También ha visto usted?...

FRANK. Sí..., y como Barrymore es leal a sus amos, deduzco que el fugitivo no es el enemigo que debe tener sir Enrique. No es el del perro, en fin. Ese es el otro.

WATSON Le doy las gracias, señor Frankland, y le

devuelvo sus gemelos, aunque ya le son inútiles. Ha visto usted claro. Soy su servidor y amigo.

FRANK. ¿Dónde va usted?

WATSON A trabar relaciones con el sospechoso vigilante de sir Enrique, en el páramo.

FRANK. Es una locura. Ese hombre es un criminal. Estará armado y prevenido.

WATSON No importa. Sherlock Holmes fía en mí esta empresa. Es preciso que yo acredite su escuela, que haga lo que él haría, y triunfe como él obtendría la victoria. Llegaré hasta donde no llegaría él mismo.

FRANK. Pero ¿va usted a ir solo?

WATSON ¡Solo, no! ¡Somos dos! ¡Yo y mi revólver! (Lo saca, lo empuña y sale por el foro. Frankland detrás, haciendo aspavientos.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Interior de una caverna labrada en la roca en los tiempos prehistóricos. Abertura de entrada única en el foro, con puerta. En la escena, un petate, y sobre él un impermeable. El aspecto general, tétrico y sombrío. Al levantarse el telón, nadie en la escena. La puerta, cerrada. Pausa. La puerta se abre de repente y entra Watson con el revólver y gritando:

ESCENA PRIMERA

WATSON, sin pasar del foro.

¡Quieto o te mato! (Pausa.) ¿Qué es esto? ¡Nadie! Pero la covacha es ésta... No puede dudarse de que está habitada. Lumbre todavía en el hogar... Manjares preparados... Un impermeable sobre el camastro..., ¡aquí! El criminal ha salido, pero volverá. (Reparando en un papel del suelo.) ¡Un papel! (Lo coge.) «Watson ha mandado llamar a Clara Lyons.» ¡Eh! ¿Qué significa? Es un aviso... ¿De modo que es a mí y no a sir Enrique a quien ese hombre vigila? Sin duda tiene agentes que me espían y le dan cuenta de mis actos. Problablemente conocerá todas mis gestiones desde mi llegada al castillo. ¡Siempre el misterio!... Pero esto es más peligroso de lo que me figuraba. Toda

una cuadrilla de malhechores capitaneados por el hombre desconocido acecha la ocasión de arrojarse sobre Baskerville... Estamos perseguidos y rodeados por una fuerza desconocida e invisible... Una red finísima que nos envuelve con astucia y sutileza tal, que sin que nos demos cuenta nos veremos envueltos en sus mallas... ¡ Oh ! Es preciso romper la red. Cogeré vivo o muerto al que habita esa caverna, aunque hubiera de aguardarlo toda la noche... (Pausa.) ¡ Eh ! ¡ Pasos !... ¡ Ruido de pasos !... ¡ Viene !... Ha llegado el momento decisivo. ¡ Valor ! Agazapado... aquí... Es preciso que lo vea y juzgue antes de arrojarme sobre él... La sombra me protege... (Agazapándose en un rincón obscuro.) ¡ Llega..., llega !... ¡ Ya está ahí !

ESCENA II

Dicho y HOLMES, disfrazado con blusa y gorrilla.

HOLMES (Desde la puerta, sin entrar.) La tarde es hermosa, Watson... ¿No quiere usted salir a dar un paseo conmigo?

WATSON ¡ Dios de Dios ! ¡ Holmes ! ¡ Si es Holmes ! (Saltando a abrazarle.)

HOLMES ¡ Bravo, compañero ! ¡ Pero cuidado con el revólver !

WATSON ¡ Oh, cuánto me alegro de verle ! ¡ Jamás he recibido a un amigo con tanta alegría !

HOLMES ¿Ni con mayor sorpresa, verdad?

WATSON Cierto.

HOLMES No ha sido sólo suya. Tampoco yo esperaba que usted descubriese mi escondite. No lo he sabido hasta estar a diez pasos de esta puerta.

WATSON ¿Vería usted mis pisadas?

HOLMES No ; he visto una colilla... Fuma usted cigarros marca «Brandey Street». Allí

está..., en la orilla del sendero... Comprendí que, nervioso, la había usted arrojado al entrar, para empuñar el revólver.

WATSON Así fué.

HOLMES Lo supuse, y conociendo su admirable tenacidad juzgué que estaría usted, revólver en mano, esperando al dueño de la casa. ¿De modo que creyó usted que yo era el criminal?

WATSON Ignoraba quién vivía aquí. Pero estaba decidido a saberlo a todo trance.

HOLMES ¡Excelente, Watson! ¿Pero cómo ha dado usted con el escondite?

WATSON Por el muchacho que le sirve a usted de recadero. Alguien que le ha visto me avisó.

HOLMES ¡El viejo de los gemelos de campaña! Al principio no podía explicarme qué significaban aquellos dos puntitos que reflejaban la luz del sol... ¿De modo que ha visto usted a Clara Lyons.

WATSON Sí, señor.

HOLMES Bien hecho. Nuestras pesquisas van por el mismo camino. Esclarecemos el misterio.

WATSON Por mi parte me alegro en el alma de que haya venido usted, porque, francamente, la responsabilidad iba siendo ya demasiado para mí. Pero a todo esto, ¿cómo se explica su presencia en este sitio? Yo le creía a usted en Londres?

HOLMES Precisamente eso es lo que yo deseaba que se figurase usted.

WATSON De modo, amigo Holmes, que recurre usted a mí cuando me necesita, y sin embargo, no me trata con verdadera confianza. Creo que no merezco eso.

HOLMES Mi querido Watson, ha sido usted insubstituíble para mí en este caso, y le pido perdón si parece que le he tratado con desconfianza. Comprendiendo el peligro que corría, resolví venir secretamente, a fin de

poder observar sin yo ser vigilado. Juntos no éramos más que una fuerza. Separados somos dos fuerzas distintas, y los que vigilan a usted me desconocen a mí, que a mi vez los vigilo a ellos. Soy un factor desconocido en el asunto, que surgirá de repente y dará, en el momento crítico, el golpe decisivo.

WATSON ¿Y el pastorcillo?

HOLMES Carwrigt... El muchacho de la agencia Wilson. Está bien disfrazado.

WATSON ¿De modo que mis telegramas detallados han sido inútiles?

HOLMES Al contrario. Usted los enviaba a Londres, pero yo, de acuerdo con el jefe de Gripem, los recibía aquí, y le felicito por ellos. Me han dado la idea exacta del proceso del crimen. La clave es Clara Lyons. Si usted no la hubiese visto yo hubiera ido a visitarla mañana.

WATSON Nada sacaría usted de ella. Se ve que está aleccionada, y sin negar, se cubre perfectamente.

HOLMES ¡Bah! ¿No ha pensado usted quién ha podido aleccionarla?

WATSON No... Su padre, imposible... Al buen hombre le interesaba demasiado la vida de sir Carlos para que se mezclase en ningún complot contra ella. No sé qué otras relaciones podrá tener Clara Lyons... Está divorciada... Va a volver a casarse...

HOLMES ¿Quién es el futuro bis?

WATSON Stapleton... Ese excelente naturalista...

HOLMES Y excelente bribonazo.

WATSON ¿Eh?

HOLMES ¡Usted calcule! Un hombre que da promesa de casamiento estando casado...

WATSON ¿Ese cazador de mariposas?

HOLMES Pretende cazar muchachas también.

WATSON ¿Casado? ¿Está usted seguro?

HOLMES Segurísimo. La que hace pasar por su hermana es su mujer.

WATSON (Asombrado.) ¡ Su mujer !... ¡ Su mujer ! Entonces, si ella es su esposa, ¿qué tiene que ver con Clara Lyons?

HOLMES Precisamente esa parte del embrollo queda aclarada con las pesquisas de usted. La entrevista que ha tenido con ella nos ayuda a penetrar el misterio. Yo no sabía que se había divorciado. En ese caso, y creyendo que Stapleton es soltero, contaba seguramente con ser su esposa.

WATSON ¿Y cuando se la desengañe?...

HOLMES Entonces será nuestra aliada.

WATSON ¿Pero qué se trama contra sir Enrique?

HOLMES Un crimen espantoso. Un asesinato premeditado y sangriento. La funesta repetición de la muerte trágica de Hugo de Baskerville.

WATSON El perro.

HOLMES Antes bastó un susto. Sir Enrique no es tan fácil de asustar. Hay que soltarle el perro lobo para que le desgarre y estrangule.

WATSON ¡ Se vería al que lo azuzase !

HOLMES No. A fuerza de castigo se enseña a un perro a lanzarse furioso sobre un rastro. Es cuestión de ponerlo sobre la pista de sir Enrique, y para ello basta darle a oler una prenda que haya usado.

WATSON ¡ Ah !, ¿tiene esa prenda?

HOLMES El zapato viejo robado en el hotel Charing Croos...

WATSON Sí..., sí. Está clarísimo.

HOLMES Ahora, querido Watson, sólo he de hacerle una súplica. Regrese usted a Baskerville. Vele por sir Enrique, como una madre por su hijo. No le deje usted un instante solo. Todo el peligro está en que den el golpe antes que nosotros preparemos el lazo... 48 horas aún de sacrificio, Watson, porque el final no puede retrasarse más de dos días.

WATSON ¿Por qué?

HOLMES Porque dentro de tres ha ofrecido Stapleton a sir Enrique otorgarle la mano de su hermana.

WATSON ¡ Ah, y como no es su hermana !...

HOLMES ¡ No va a casarlo con su propia mujer !

WATSON ¡ Dos días !

HOLMES Que sir Enrique no pueda, entretanto, ser atacado, y es nuestra la victoria. Dentro de ese plazo los criminales, chasqueados, se descubrirán ellos mismos.

WATSON Nada sucederá. Respondo de ello... Corro a Baskerville. (Dentro se oyen dos aullidos de perro y dos gritos muy angustiosos de la misma voz.)

VOZ (Dentro.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

HOLMES ¡ Eh ! ¿Qué es eso?

WATSON ¡ Dios mío ! ¡ Si sir Enrique hubiese salido del páramo !

HOLMES Tras de Beryl Stapleton... Es facilísimo... Nada más imprudente que un enamorado... Contaba con ese cebo... (Nuevo grito de mayor angustia.)

VOZ ¡ Socorro !

WATSON ¡ Ah ! ¡ Corramos, corramos en su auxilio !

HOLMES ¡ El perro ! ¡ Es el perro fantasma de los Baskerville ! (Holmes abre la puerta del foro, que cerró al entrar. Entra Seldon, de espaldas, aterrado, despavorido, agonizante. Lleva el mismo traje de sir Enrique en los actos primero y segundo. Apenas da dos o tres pasos por la escena, siempre de espaldas al público, cae de bruces, muerto.)

ESCENA III

HOLMES, WATSON y SELDON.

SELDON ¡ Jesús !... ¡ El perro !... ¡ Jesús !... (Cayendo.)

WATSON ¡ Sir Enrique ! ¡ Es sir Enrique ! ¡ Miserables !

HOLMES ¡ Tarde ! ¡ Llegamos tarde ! ¡ Ah ! ¡ Canallas ! ¡ Canallas !

WATSON ¡ Muerto !... ¡ Asesinado !...

HOLMES Es preciso reconocer el cadáver...

WATSON ¡ Luz !... ¡ Luz !... (Holmes va al hogar y enciende una bujía que saca del bolsillo.)

HOLMES ¡ Va !

WATSON (Reconociendo a tientas el cadáver.) ¡ Eh ! ¡ Tiene barba ! ¡ Si tiene barba este hombre !

HOLMES ¿ Barba ?... ¿ Cómo es posible ?... (Al volverse con la luz en la mano aparecen sir Enrique y Barrymore por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Dichos, SIR ENRIQUE y BARRYMORE.

ENRIQUE ¡ Por aquí, Barrymore !

HOLMES ¡ El ! ¡ El ! ¡ Sir Enrique !

WATSON ¡ Sir Enrique !

ENRIQUE Watson... Holmes..., ¿ ustedes aquí ? ¿ Con ese traje ?

HOLMES Vine de Londres de incógnito, a por Watson. Me lo llevo esta noche.

ENRIQUE ¿ Qué ?

HOLMES Aquí peligra su vida. Vea usted. (Por Seldon, y mutis rápido por el foro.)

ENRIQUE Ese hombre... (Watson ha vuelto el cadáver.)

BARRYMO. ¡ Ah, Seldon ! ¡ Es Seldon ! ¡ El infeliz hermano de mi mujer !

ENRIQUE ¡ Sí ! Lleva mi traje, que usted, Barrymore, le regaló para facilitarle la fuga.

BARRYMO. ¡ Descansa en paz, desdichado ! ¡ Nada debes ya a los hombres ! ¡ Dios te habrá juzgado !

ENRIQUE ¿ Se va usted, Watson ? ¿ Me abandona ?

WATSON ¡ Si no sé !... Holmes ordena... Yo no temo el peligro... ¿ Pero cómo ha salido usted sin mí del castillo hacia el páramo ?

ENRIQUE Me hice acompañar de Barrymore. Ya ve usted que soy prudente... Vi a Beryl.

WATSON El cebo, como dice Holmes.

ENRIQUE Pero oímos gritar por aquí con tal an-

gustia, que corrimos por si podíamos evitar una desgracia.

ESCENA V

Dichos y HOLMES, con un zapato usado en la mano.

HOLMES La desgracia es producto del crimen. Ese hombre ha muerto porque le han confundido con usted. Llevaba su ropa, y el perro ha seguido el olor que le señalaron por rastro. ¡ Mire usted la prueba !

ENRIQUE ¡ Mi zapato robado !

HOLMES Y que han dejado en la cuneta del camino... ¡ Watson : a Londres esta noche misma !

BARRYMO. ¡ Váyase usted también, señor ! ¡ Váyase usted con ellos !

HOLMES ¡ No ! ¡ Usted se queda !

ENRIQUE ¡ ¿ Holmes ? !

HOLMES Se queda a vengar la muerte de su tío y la de ese hombre que sucumbe en lugar de usted. ¡ Se queda, en fin, a exterminar a sus enemigos y destruir la leyenda del perro de Baskerville !

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Galería de retratos de familia en el castillo de Baskerville. Entre ellos figurará el mismo del acto segundo, de hombre con barba. Puertas laterales. Ninguna en el foro. Telón en segundo término.

ESCENA PRIMERA

HOLMES, WATSON, SIR ENRIQUE, BARRYMORE y SEÑORA BARRYMORE.

HOLMES No insistan. Es cosa decidida.

BARRYMO. ¡Señor, no abandone usted a nuestro amo!

HOLMES No debemos, Watson, decorosamente seguir aquí. Somos agentes judiciales. ¿Cómo podemos ayudar a los cómplices de un delincuente?

S. BARRY. ¡Mi pobre hermano!

ENRIQUE Comprenda usted, Holmes... No nos movió más que un sentimiento de compasión..., sin ánimo de burlar ni ofender la ley.

HOLMES Pero facilitando a un fugado de presidio dinero, alimentos y ropa.

S. BARRY. ¡Bien caro lo ha pagado, el infeliz!

HOLMES Bien caro, en efecto. Por otra parte, quédele a usted un consuelo. ¡Será vengado!

ENRIQUE ¿Cómo, si usted me abandona?

HOLMES Usted mismo vencerá si sigue puntualmente mis instrucciones.

ENRIQUE Haré lo que usted me mande.

HOLMES ¿Dónde va usted esta noche?

ENRIQUE A comer en casa de los Stapleton. Lo acordamos ayer. Como es necesario atravesar el páramo, me haré acompañar por Barrymore.

HOLMES Irá usted solo.

ENRIQUE ¿Holmes?

HOLMES Barrymore vendrá con Watson y conmigo a despedirnos a la estación. Sir Enrique, me ha prometido usted obedecerme.

ENRIQUE Iré solo. Barrymore les acompañará a ustedes.

HOLMES ¡Bravo!

S. BARRY. ¿Pero usted sabe quién es el miserable asesino de sir Carlos y de mi hermano?

HOLMES ¡Oh, no me preocupa eso!

TODOS ¿No?

HOLMES No. Lo que busco es la causa, el porqué... (De repente, mirando el retrato del hombre de la barba.) Dispense usted, sir Enrique: ¿a quién representa este caballero? (El del cuadro.)

BARRYMO. Es Hugo de Baskerville. La causa de todos los males de la familia.

ENRIQUE Vamos, el que *estrenó* el perro... ¡Un pariente delicioso!

WATSON ¡Y tan humilde y pacífico como parece! Yo me lo había figurado de aspecto más enérgico y varonil.

S. BARRY. Señores..., ¿se han de arreglar los equipajes?

HOLMES Coloque usted en la maleta los objetos pertenecientes al señor Watson..., y nada más.

S. BARRY. Voy a hacerlo. (Mutis.)

HOLMES Y usted, amigo Enrique, a prepararse para el viajecito al páramo... ¡Qué

atracción ejerce en usted la bella hermana de su anfitrión!

ENRIQUE ¡Si usted la viese!... Es encantadora.

HOLMES ¡Nada, nada! ¡A la conquista! Pero lleve usted revólver... Se cena más tranquilo.

ENRIQUE No lo creo necesario, pero seguiré su consejo. (Mutis.)

HOLMES Y usted, Barrymore, para acompañarnos a la estación, lleve usted revólver también.

BARRYMO. ¡Sí, señor! ¡He comprendido perfectamente! (Mutis.)

ESCENA II

HOLMES y WATSON.

HOLMES (Volviendo a mirar el retrato.) ¿Conque éste es el ilustre calaverón Hugo de Baskerville?

WATSON ¿Ve usted algo extraordinario en ese retrato?

HOLMES ¿Y usted no? ¡Qué poca memoria Cúbrale usted la barba con una mano y el bigote con un dedo, y con un esfuerzo de imaginación véalo usted con una red de cazar mariposas a cuestas.

WATSON ¡Stapleton! ¡Es Stapleton!

HOLMES ¡Vamos, ya dió usted en ello!

WATSON ¿Entonces?...

HOLMES Entonces no se llama así. Ya lo sabía Cuando usted me telegrafió su primera conversación con él, en la que le dijo que había tenido un colegio en el norte de Inglaterra, yo telegrafié, a mi vez, a los compañeros de aquellos distritos. Me contestaron que, en efecto, un tal Vandeleur había dirigido allí un colegio, que quebró más tarde, huyendo el maestro con su mujer Beryl hacia el interior. N

se les persiguió, pero la policía tenía un retrato de la pareja hecho en Nueva-York, de donde procedían, y en el que están marido y mujer retratados. Al reverso hay una dedicatoria de puño y letra del marido, que no deja lugar a duda respecto a los lazos que unen a las dos personas que aparecen en la fotografía.

WATSON ¿Qué dice usted?

HOLMES Recuerde usted ahora. El hermano menor de sir Carlos murió sin sucesión legítima, pero nada impedía que tuviese un hijo natural. Bastaba que el hijo natural probase que lo era, y medios para ello le concede la ley. He aquí que me preguntaba: «¿Por qué el crimen?» ¡Y ese retrato me ha contestado! Para atrapar una herencia valuada nada menos que en 740.000 libras.

WATSON Sí, sí. ¡Está claro!

HOLMES Fué Stapleton quien vigilaba desde Londres a su primo. Beryl no quiere el crimen, pero es la esposa del criminal y no puede descubrirle y perderle. Lo sabe todo, pero jamás dirá nada. La que sí hablará es Clara Lyons.

WATSON ¿Cuándo?

HOLMES Ahora mismo, porque la he enviado a buscar con toda urgencia.

WATSON ¡Ese hombre es verdaderamente hábil!

HOLMES Ya dije a usted, desde el primer momento, que luchamos con alguien tan astuto como nosotros. El primer crimen se ha elaborado pacientemente durante casi dos años. El segundo crimen urgía más. Era cuestión de un golpe decisivo e inesperado, y con el cebo de su supuesta hermana, cogió en la red a sir Enrique y se convino la comida de esta noche.

WATSON Pero yo debía haber asistido a ella.

HOLMES ¡Bah! Un percance ocurre fácilmente. Tiene preparado, sin duda, el medio de

burlar a usted, y yo no puedo consentir que usted sea burlado. Sobre todo porque no conozco ese medio y no podría impedirlo. Limpiémosle el camino de obstáculos. Allá sir Enrique, Beryl y el perro se las entiendan. El interesado está prevenido.

WATSON No le conozco a usted, Holmes.

HOLMES ¡Qué quiere usted, Watson! Yo no soy detective para encadenar perros infernales.

ESCENA III

Dichos, BARRYMORE. Luego, CLARA.

BARRYMO. Señor Holmes: la señora Clara Lyons pregunta por usted.

HOLMES Hágala usted entrar, amigo mío. (Mutis Barrymore.)

WATSON Es inconcebible que Stapleton... ¿No será esa una falsa pista?... ¿No habrá usted llevado su imaginación a las regiones de la fantasía?

HOLMES Va usted a convencerse.

CLARA (Saludando.) Caballeros...

HOLMES Ante todo, perdone usted que la haya hecho venir al castillo a tal hora y con tal premura.

CLARA Se me ha llamado en nombre de la ley... Aquí estoy.

HOLMES La ley es un pretexto que encubre la amistad. Mi amigo Watson habló ya con usted del asunto de sir Carlos. Yo sé, no sólo cuanto usted le refirió, sino también lo que le ha ocultado referente al asunto.

CLARA No oculté nada.

HOLMES Repito a usted que soy un amigo..., un amigo que lamenta tener que comunicar a usted algo... que ha de producirle un desengaño.

CLARA ¿Un desengaño, a mí?

HOLMES ¡Y doloroso! Usted tiene por hombre honrado al señor Stapleton, y yo le acuso de haber asesinado a sir Carlos e intentar hacer lo mismo con sir Enrique, ayudado por la complicidad de usted y de su esposa.

CLARA ¡¿Su esposa?!

HOLMES He ahí el desengaño. La que hace pasar por su hermana es su mujer.

CLARA ¡Eso es falso! ¡Stapleton es soltero! ¡Usted no dice la verdad!

HOLMES (Sacando una fotografía del bolsillo.) Vea usted la prueba.

CLARA ¡Conque es cierto!... ¡Es cierto! ¡Casado Stapleton!

HOLMES Si usted no tiene inconveniente.

CLARA ¡Sherlock Holmes, ese hombre me había jurado ser mi marido en cuanto yo obtuviese mi divorcio! ¡Me ha engañado infamemente! ¡Me ha engañado para hacerme instrumento dócil de sus inicuos planes! ¿Por qué he de serle fiel, cuando no lo ha sido para mí? Diré a usted cuanto ha pasado. Una cosa juro, y es que cuando escribí citando a sir Carlos no sospechaba que pudiese ser causa de mal alguno para el pobre señor que tan generosamente se portó con nosotros.

HOLMES Lo creo. ¿Stapleton propuso a usted que escribiese la carta pidiéndole la cita?

CLARA El mismo me la dictó.

HOLMES Dijo a usted que viendo a sir Carlos personalmente era más fácil que consiguiese usted el dinero que necesitaba.

CLARA Eso me dijo.

HOLMES ¿Y después de enviar la carta, disuadió a usted de que acudiese a la cita?

CLARA Casi a última hora se mostró celoso. Dijo que prefería él hacer un sacrificio a consentir que sir Carlos estuviese a solas un

momento conmigo. Estuvo más tierno y enamorado que nunca.

HOLMES ¿Y después? ¿Al día siguiente de la muerte de sir Carlos?

CLARA Me hizo prometer que guardaría silencio acerca de la carta escrita, pues la muerte era misteriosa y las sospechas podrían recaer sobre mí. Tanto me asustó, que resolví callarme.

HOLMES Lo comprendo. ¿Pero sospecharía usted?

CLARA Sí. ¡Si no me hubiese engañado, jamás le hubiera descubierto!... ¡Fué él! ¡Fué él quien soltó el perro contra sir Carlos!

HOLMES ¿Usted lo sabía?

CLARA Sé que antes de venir él a este país la leyenda de los Baskerville se había casi olvidado. El, fingiendo dudas y negando creencias del vulgo, logró resucitarla... Al poco tiempo, unos gitanos que pasaron por el páramo se lamentaron del robo de un perro lobo que llevaban en su compañía. Nadie supo ni quiso averiguar quien era el ladrón. Los gitanos se fueron, y en el páramo comenzaron a oirse los aullidos siniestros que tanto atemorizaban a sir Carlos.

HOLMES ¿Y sabe usted si ese hombre estuvo en Londres el día que sir Enrique debía desembarcar allí, para venir a posesionarse del castillo?

CLARA Estuvo. Me dijo que iba para activar el asunto de mi divorcio...

HOLMES ¡Sabe usted demasiadas cosas!

CLARA ¿Yo?

HOLMES Ha tenido usted en su poder a su amante. Con una palabra podía perderle. ¡El lo sabía, y aún vive usted! ¡Es usted mujer de mucha suerte!

CLARA Caballero, una súplica: mi pobre padre está enfermo desde esta tarde. Temo que

le perjudique este asunto si se hiciera público...

HOLMES No se hará. Doy a usted mi palabra.

CLARA ¡ Gracias ! ¡ Gracias !

HOLMES ¡ Váyase usted tranquila ! (Clara saluda y vase.)

ESCENA IV

HOLMES y WATSON.

HOLMES ¿Y bien?... ¡ Hombre de poca fe ! ¿Duda usted ahora?

WATSON Estoy admirado. Es maravilloso su trabajo, Holmes.

HOLMES Inducción y deducción... Lógica, mucha lógica, y saber apreciar todo lo ínfimo para llegar a descubrir todo lo grande. Este es el secreto de mi método.

ESCENA V

Dichos y STAPLETON

STAPLET. (Dentro.) ¡ Ah, qué desgracia ! ¡ Qué desgracia ! ¡ Sir Enrique !

WATSON ¡ Stapleton !

HOLMES ¡ Adelante ! ¡ Adelante !

STAPLET. ¿Cómo? ¿Usted? ¿Ustedes aquí?

HOLMES Sí, señor... Soy Sherlock Holmes, y he venido para llevarme a Londres ahora mismo a mi amigo y discípulo predilecto.

STAPLET. ¿Se va usted, señor Watson? ¡ Cuánto lo siento !

HOLMES ¿Pero usted, al entrar, ha hablado de una desgracia?

STAPLET. ¡ Sir Enrique ! ¡ Yo creo que... !

HOLMES ¿Qué?

STAPLET. Debe haberle ocurrido algo terrible en el páramo.

HOLMES ¡Ca, hombre! Está ahí dentro preparándose tranquilamente para ir á comer a su casa de usted.

STAPLET. ¿Sí? Pues yo... Me pareció oir gritos angustiosos...

HOLMES ¿Y por qué precisamente habían de ser de sir Enrique?

STAPLET. Vivimos tan pocos en el páramo...

HOLMES Sí, es una razón.

WATSON ¡Caray! También yo vivo aquí, señor naturalista.

STAPLET. Pero como circula la leyenda del perro... Y usted no es Baskerville... ¿Luego, en fin, no ha ocurrido nada?

ESCENA VI

Dichos y MORTIMER

MORTIMER (Entrando.) ¿Cómo si ha ocurrido? ¡Un muerto!

STAPLET. ¿Un muerto?

MORTIMER En el páramo. En una de las cavernas... ¡Tiene la garganta y el pecho destrozados! ¡Allí han hecho de las suyas las garras de una fiera!

STAPLET. ¿Pero quién es? ¿Quién es?

MORTIMER ¡Seldon, el fugado de presidio!

STAPLET. ¡Ah!

MORTIMER No sé quién ha dado cuenta a la justicia.

HOLMES Yo, querido doctor.

MORTIMER ¡Amigo Holmes! (Abrazándole.) ¡No había reparado! ¡Viene usted llovido del cielo!

HOLMES ¿Por qué?

MORTIMER Esa muerte me ha hecho pensar mucho. ¡El perro lobo existe! No lo dude usted, Stapleton. Usted lo negaba siempre. ¡Pero ahora es innegable! He visto su hazaña... Venía temblando por sir Enrique... Pero ya está usted aquí, Holmes. Estamos salvados... Dormiré tranquilo.

HOLMES No coja usted el sueño fuerte, porque regreso a Londres en seguida.
STAPLET. ¿De veras se va usted?
HOLMES Tan de veras... Y me llevo a Watson.
MORTIMER ¡Dios del cielo! ¿Qué va a ser de nosotros?
STAPLET. Velaremos por sir Enrique como si fuese nuestro hermano.
MORTIMER Gracias, Stapleton. Es usted una persona excelente.
HOLMES Ya ve usted que podemos marcharnos sin peligro.
STAPLET. Yo no creo que nos abandonen ustedes.
HOLMES Pues para convencerse nos acompañará usted a la estación. ¿No es camino de su casa, señor Stapleton?
STAPLET. Algo más allá.
HOLMES Bueno. Quiere decirse que vienen ustedes paseando hasta la estación, usted, el doctor y sir Enrique... Nos despiden ustedes cuando el tren se nos lleve. El doctor regresa a su domicilio y usted acompaña al suyo a sir Enrique, puesto que come con usted esta noche.
STAPLET. Sí, está bien pensado.
WATSON (Aparte a Holmes.) ¿Pero no arresta usted a ese bandido?
HOLMES (Idem.) ¿Antes de comer? ¡Sería hacerle muy mala obra!

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE, BARRYMORE y SEÑORA BARRYMORE.

BARRYMO. Cuando gusten los señores..., el equipaje está listo. (Sale con maletas.)
HOLMES Pues a la estación, sir Enrique.
ENRIQUE ¡Amigo mío!
HOLMES Hemos convenido en que nos acompañen ustedes a la estación.
ENRIQUE Con mucho gusto.

STAPLET. Y de allí iremos a comer a mi casa.
ENRIQUE Encantado...
S. BARRY. ¡Señor!... ¡No salga usted de casa esta noche!... ¡No salga!
ENRIQUE Ya ve usted que voy bien acompañado.
S. BARRY. ¿Y al regreso?
STAPLET. ¡Diablo! ¡En eso no habíamos pensado!
WATSON Le acompañará usted Stapleton.
STAPLET. No sé si podré... Beryl está un poco delicada...
MORTIMER Si son necesarios mis servicios...
STAPLET. No..., no es para tanto... Mañana puede ser que... ¡Si no mejorase!...
ENRIQUE ¡Beryl enferma! Vamos..., vamos, amigo Stapleton... Y regresaré solo. ¿Soy acaso un niño? ¡No tema usted, señora Barrymore! Tengo la piel más dura que su pobre Seldon.
WATSON En marcha. (Van saliendo, Holmes queda el último y dice rápidamente a la señora Barrymore.)
HOLMES Confíe y espere... Dije a usted que su hermano sería vengado. ¡Antes de amanecer habré cumplido mi promesa! (Mutis.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

El páramo. Rocas de aspecto siniestro en todo el foro; nada de árboles en cuanto puedan eliminarse, en último caso, telón de horizonte con cartabones de peñascos. En el foro, y de un bastidor al de enfrente, camino a la altura de un medio metro de la escena; se supone que van a parar detrás de la casa de Stapleton, pero no se ve desde el público el final de la senda. Ante el camino, y bordeándolo, matas, arbustos, etc., dispuestos de manera que a una persona que vaya por él no se le vean las piernas desde el público sino desde la rodilla. A la derecha, en forma de

ochava, la casa de Stapleton, que tiene al público una ventana que está abierta y se ve detrás el comedor y a Stapleton y Enrique sentados a la mesa. En el comedor, dos puertas: una en el foro y otra a la derecha, que se supone comunica con otra habitación. Es noche cerrada. Muy ligero efecto de luna. En el comedor de la casa de Stapleton, luces sobre la mesa. Stapleton y Enrique toman café y fuman.

ESCENA VIII

ENRIQUE y STAPLETON

ENRIQUE Crea usted que sinceramente lamento que su bella hermana no nos haya acompañado a la mesa. ¿No es por exceso de precaución de usted?

STAPLET. No, amigo mío. Se lo juro. Está indispuesta... Verdaderamente indispuesta. Tanto, que me parece que al fin tendré que ir en busca de Mortimer.

ENRIQUE ¿Si quiere usted que yo?...

STAPLET. Nada de eso. Esperemos aún...

ENRIQUE ¿Pero qué tiene?

STAPLET. No sé..., jaqueca..., los nervios... ¡Son tan frágiles esas muñecas que llamamos mujeres! (Pausa. Siguen hablando.)

ESCENA IX

Dichos, HOLMES, WATSON y BARRYMORE. Revólver en mano los tres con gran precaución. A media voz toda la escena.

BARRYMO. Aquella es la casa.

WATSON El maldito no quiso dejarnos hasta ver que el tren partía de la estación.

HOLMES Contaba con ello. Así nos cree de veras en Londres y no tomará precauciones que podrían inutilizar nuestra empresa. Todo se ha reducido a bajar en la primera estación y correr una hora a campo traviesa.

Barrymore es práctico en el terreno ; por eso le traje con nosotros.

BARRYMO. ¡ Y como, en efecto, se intente algo contra sir Enrique, verá usted !

HOLMES ¡ Silencio ! Aquí estamos bien. Esas rocas, en todo caso, nos ocultan perfectamente.

WATSON ¿ Hemos de esperar aquí ?

HOLMES Naturalmente, cerca de la puerta.

BARRYMO. La ventana da al otro lado.

HOLMES ¡ Al suelo ! Acérquese usted con precaución Watson, y si la ventana está abierta, observe lo que dentro ocurre. (Watson, con grandes precauciones, se dirige hacia la ventana y mira al interior. Pausa.

BARRYMO. (A Holmes.) ¿ Dentro, no correrá peligro el amo ?

HOLMES No..., dentro no puede actuar el perro. Pero silencio, no vayamos a descubrirnos por charlatanes. (Nueva pausa. Regresa Watson.)

HOLMES ¿ Y bien ?

WATSON Están en el comedor.

BARRYMO. Hemos llegado a tiempo.

HOLMES ¿ Están los tres ?

WATSON No, los dos... ¡ Ella... no está !

HOLMES Es raro.

WATSON Contiguo al comedor hay otro cuarto..., y juraría...

HOLMES ¿ Qué ?

WATSON Que he oído algo como un suspiro ahogado.

HOLMES Vuelva usted, Watson. ¡ Mucho cuidado ! ¡ Que no nos descubran ! Procure usted ver lo que hay en esa habitación. (Pausa. Watson vuelve a la casa y pasando por delante de ella, con grandes precauciones, desaparece por el bastidor de la derecha.)

ENRIQUE ¿ Ha oído usted ?

STAPLET. ¿ Qué ?

ENRIQUE Como un suspiro y...

STAPLET. Sin duda mi hermana, que se queja...

Voy..., dispense usted un momento. (Watson ha vuelto al lado de Holmes.)

BARRYMO. ¿Qué?

WATSON ¡Ella... atada..., amordazada..., creo que herida.

BARRYMO. ¡Miserable!

HOLMES ¡Silencio! (Pausa. Stapleton se levanta y entra en la habitación de la derecha.) ¿Por dónde tiene salida la casa? (Dice Holmes a Barrymore.)

BARRYMO. Por el fondo. Al otro lado... Hay un pequeño patio.

HOLMES ¡Allí está la perrera!

STAPLET. (Entrando en el comedor.) (Ya que no me ayude, al menos que no me sirva de estorbo! Ahora... ¡no dirá nada!) (A Enrique.) Decididamente me voy en busca del doctor... La comida no ha sido muy alegre, sir Enrique. Lo lamento de veras.

ENRIQUE Lo sensible es la indisposición de Beryl. ¿Quiere usted que le acompañe en busca de Mortimer?

STAPLET. No. Es camino opuesto. Usted regresa al castillo. Venga usted mañana, y si mi hermana corresponde a su afecto, arreglaremos lo de la boda.

ENRIQUE Gracias, Stapleton. Me voy con buena esperanza. He creído adivinar en su hermana cierto interés..., cierta simpatía por mí

STAPLET. ¡Bien, bien! Ya hablaremos de todo. Buenas noches, sir Enrique.

ENRIQUE Buenas noches.

STAPLET. Venga usted. Por aquí...

ENRIQUE ¿No salimos juntos?

STAPLET. Yo esperaré aún... Puede que no sea necesario mi viaje... Déjeme usted cerrar la ventana..., la noche está fresca. (Echa la persiana. Pausa.)

BARRYMO. Se me figura ver luz en el patio. Sin duda el amo va a salir... Quizás Stapleton le acompañe.

HOLMES ¡A las rocas! ¡Los revólvers preveni-

dos..., y ni respirar siquiera ! (Se acurrucan junto al bastidor del foro.)

STAPLET. ¡ Hasta mañana, sir Enrique ! Puede usted venir a la hora que guste... Si hubiese novedad yo le avisaría.

ENRIQUE Eso es... ¡ De todos modos vendré temprano ! ¡ Hasta mañana ! (Nueva pausa. Enrique atraviesa el sendero del foro, desde detrás de la casa, hasta perderse en el bastidor contrario.)

BARRYMO. (Muy bajo.) ¡ Se fué !

HOLMES ¡ Ahora viene el peligro !... ¡ Atención !...

WATSON ¡ Asesino ! ¡ Asesino !

STAPLET. (Desde dentro.) ¡ A él, Tigre ! ¡ A él ! ¡ En tus dientes y garras va mi fortuna ! (Se oyen terribles ladridos.)

BARRYMO. ¡ El perro ! ¡ El perro !

HOLMES ¡ Fuego ! ¡ Fuego y a la carrera !

STAPLET. ¡ Ah ! ¡ Estoy perdido ! (El perro ha cruzado rápidamente el sendero en la dirección que llevó sir Enrique. Se lanzan tras él Holmes y Barrymore disparando sus revólvers. Al cruzar el perro, Stapleton ha aparecido en eccena pero a lòs gritos de los otros dice su frase y entra de nuevo en la casa.)

WATSON ¡ Son tres y basta ! ¡ Este es para mí ! ¡ No se me escapará la presa ! (Entra tras Stapleton. Voces de Enrique dentro.)

ENRIQUE ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! (Más tiros. Silencio y una pausa.)

HOLMES (Dentro.) ¡ Adelante, Barryomre ! ¡ Adelante ! (Un tiro suelto dentro de la casa. Se descorre la persiana del comedor y aparece en él Watson.)

WATSON ¡ Ah, el miserable ! ¡ Se ha hecho justicia ! (Entra en la habitación de la derecha. Holmes y Barrymore aparecen en el sendero, llevando a sir Enrique entre los dos.)

HOLMES ¡ Animo, sir Enrique !... El peligro ha pasado para siempre.

ENRIQUE ¡ Gracias a usted, amigo Holmes !

HOLMES ¿Y Watson? ¡ Watson !

WATSON (Saca medio desmayada a Beryl, todavía con ligaduras y amordazada.) ¡ Aquí, maestro !... ¡ Quise cazar la otra fiera !

BARRYMO. ¿Y se ha escapado?
WATSON ¡No! Viéndose perdido, se ha saltado lindamente la tapa de los sesos!
ENRIQUE ¿Pero y ella?... ¿Ella?...
WATSON Vea usted..., vea usted mismo. (Habrá desatado y quitado la mordaza a Beryl.)
ENRIQUE ¡Beryl mía! Holmes me ha salvado la vida. ¡Aun podemos ser dichosos!
BERYL ¿No lo estorbará el recuerdo del miserable asesino de sir Carlos?
HOLMES ¡Bah! Aquello terminó... Ya sabe usted el refrán... «Muerto el perro...»
WATSON «Se acabó la rabia.»

TELÓN

FIN DE LA OBRA

NOTA. — El perro ha de ser de atrezzo, grande, negro, de cabeza achatada, en los ojos, dos lámparas eléctricas rojas y otra en la boca, simulando la parte de la lengua. El perro irá montado sobre ballestas arqueadas, con las patas extendidas en actitud de galopar. Las dos ballestas se unen por dos travesaños que irán debajo de las patas. Del travesaño delantero se engancha un alambre, del cual se tirará fuertemente, para que el perro corra con el movimiento propio del galope. Para que no se vea el montaje es necesario que los apliques sean más altos que el practicable del camino.

Precio: DOS ptas.